



RELATOS DE PASIÓN

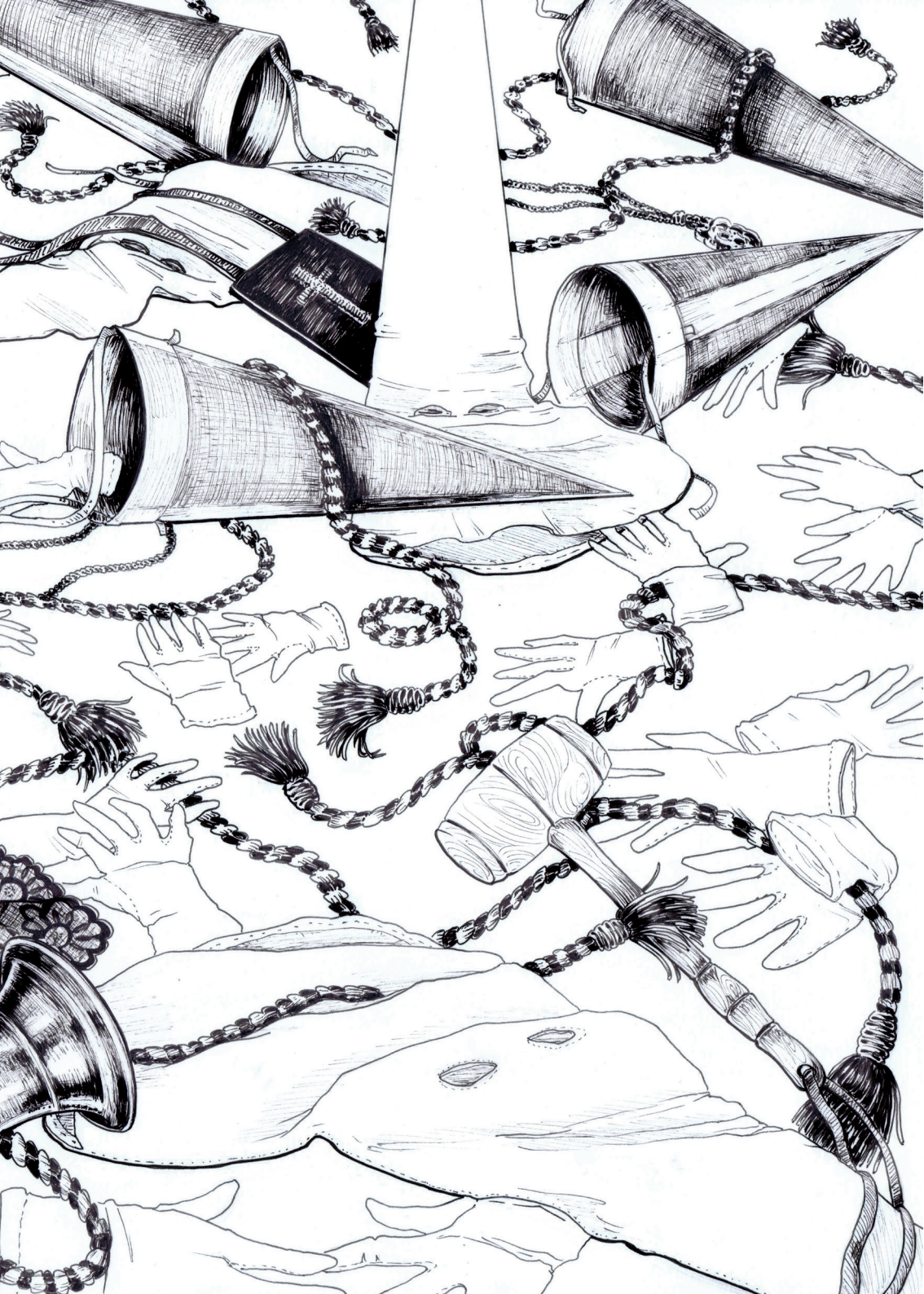
DOCE HISTORIAS EN TORNO A LA SEMANA SANTA

SANTOS MORENO | JOSÉ ANTONIO SAU | AUGUSTO LÓPEZ

ILUSTRADO POR CARMEN LARIOS

PRÓLOGO DE PABLO ATENCIA









RELATOS DE PASIÓN

ediciones
del Genal

PROTEO
librerías

La **Opinión** DE MÁLAGA

© Santos Moreno, José Antonio Sau, Augusto López, Carmen Larios
Primera edición: diciembre 2017

Título: *Relatos de Pasión. Doce historias en torno a la Semana Santa*

Autores: Santos Moreno, José Antonio Sau y Augusto López

Ilustraciones: Carmen Larios

Diseño y maquetación: Carmen Larios

Corrección: Laura Cerezo

Edita: Promotora Cultural Malagueña

Coordina: Ediciones del Genal

Colabora: Librerías Proteo y Prometeo

Depósito legal: MA 268-2017

ISBN: 978-84-16871-30-8

Málaga 2017



RELATOS DE PASIÓN

DOCE HISTORIAS
EN TORNO A LA SEMANA SANTA

SANTOS MORENO
JOSÉ ANTONIO SAU
AUGUSTO LÓPEZ

ILUSTRADO POR
CARMEN LARIOS

AGRADECIMIENTOS



Gracias siempre a mis compañeros, por compartir, aprender y crecer. Sin ellos, nada de esto nacería. Gracias por su luz.

Gracias a mi familia por ser y estar.

A mis amigos por dar los empujones que siempre dan. Por lo vivido y lo que queda por vivir.

Y gracias a ti, por sonreír.

S. M.

A mi hermano Diego, que llevó en sus hombros a Nuestra Señora del Mayor Dolor y San Juan Evangelista.

A los portadores del trono de María Santísima de Gracia, con los que compartí esta experiencia increíble durante unos años.

A Paco Valverde, Salvador Oliver y Gonzalo Conde por mostrarme el laborioso mundo del bordado.

A. L.

A mi padre Jesús García Jabato, por nuestras charlas con cañas, con las que creamos universos en servilletas y porque me ha enseñado todo lo que sé sobre la Semana Santa.

Y a mi madre, M^a Carmen Gómez-Larios, por ser parte de todo el proceso, su apoyo e ilusión y por sus maravillosos bocadillos de queso con aceite mientras veíamos tronos.

C. L.



ÍNDICE

PRÓLOGO	11
IMAGINERO – Santos Moreno	14
DISEÑADOR – Santos Moreno	19
MÉTODO DE CREACIÓN DE UNIVERSOS – Augusto López....	23
VESTIDOR – Santos Moreno	26
CLAUSURA – Augusto López.....	32
LOURDITAS – José Antonio Sau.....	38
BANDA – Santos Moreno	46
EL COLECCIONISTA DE CERA – José Antonio Sau.....	49
LA FLECHA – Augusto López	55
LA MIRADA DE LORENA – José Antonio Sau	62
PARECE QUE NO LLUEVE – José Antonio Sau.....	68
NOSTALGIA – Augusto López.....	73



PRÓLOGO

LA PASIÓN SEGÚN MÁLAGA

La Semana Santa de Málaga es una magnífica realidad que puede ser abordada desde muchos puntos de vista, lo que la hace poliédrica. Y aunque su esencia es la Fe, con un profundo sentido religioso que entronca con las creencias de buena parte de la población, hay otras dimensiones que tener en cuenta, como la cultural, la estética, la económica o, incluso, la turística. Cada vez que la primavera comienza, la capital de

la Costa del Sol convierte su corazón urbano en una suerte de Jerusalén moderna en la que, más de dos mil años después, los malagueños asisten con devoción a la Pasión y Muerte de Jesús, acompañan a la Virgen en su infinito dolor y cierran con alegría su Semana Mayor una vez que el Señor ha resucitado. No es una historia más, es la Historia.

Ese fenómeno poliédrico ha sido reflejado por diversas manifestaciones culturales con gran acierto: los pintores tienen una gran relación con nuestras cofradías y hermandades, de forma que realizan los carteles de las distintas estaciones de penitencia, de pregones o actos de exaltación e, incluso, el que anuncia la Semana Santa cada año, así como engrandecen con sus obras el patrimonio cofrade de todos los malagueños; los imagineros moldean con sus manos a los protagonistas de la Pasión; los bordadores imaginan mantos y palios de belleza inigualable; y los orfebres trabajan con mimo los metales preciosos que luego formarán parte de tronos, ajuares u otro tipo de enseres. Pero ¿y los escritores? La palabra, entendida en su dimensión estética como exaltación de la belleza y la tragedia, a partes iguales, que encierra la Pasión de Jesús, también está vinculada desde su inicio a la Semana Santa a través de los numerosos pregones que pueblan nuestra Cuaresma, de multitud de artículos que se publican en nuestros periódicos, revistas y suplementos, en magníficos libros que glosan la historia de cofradías, hermandades e imágenes y en trabajos literarios, novelas en su mayoría, que se han acercado a este fenómeno de religiosidad popular.

Por todo ello, este feliz libro, *Relatos de Pasión*, viene a profundizar, aún más, en esa rica tradición literaria asociada

a la Semana Santa malagueña, aunque los tres escritores y la pintora que dan forma a la obra la han concebido con un evidente ánimo innovador, que no rupturista, con el fin de dirigir ahora el foco a los protagonistas anónimos de nuestra Semana Mayor, a todos aquellos que participan de ella y la sostienen. A través de doce relatos y de un rico abanico de ilustraciones, los autores retratan los arquetipos humanos y espirituales imprescindibles en la realidad cofrade: el hombre de trono, el mayordomo, el nazareno, el niño que, infatigable, persigue lograr aumentar su bola de cera, el diseñador, el vestidor, el escultor, el músico, el bordador, el penitente, la saeta y un elemento tan malagueño y cofrade como es el *limón cascarúo*.

El relato ha sido definido alguna vez como los cien metros lisos de la literatura, pero yo lo compararía, quizás, con una fotografía, porque estos doce relatos con sus correspondientes ilustraciones aspiran a retratar un instante, una vida, una ilusión, el runrún de la cercanía del Domingo de Ramos, el amor que ponen nuestros artesanos por dar con la obra perfecta en honor a los titulares de nuestras cofradías y hermandades, la ilusión del músico o del niño que, gracias a sus padres, se acerca a sus tradiciones, o la profunda devoción que sostiene al nazareno, partes todas de un sentimiento común que hace que todos nos estremezcamos, en los albores de cada primavera, con la Pasión del Señor según Málaga.

Pablo Atencia Robledo

Presidente

Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Málaga



IMAGINERO



Cuando cayeron las últimas estrellas de astillas hasta sus pies, le habló. Pero ni pudo ni quiso besarle las manos, como era su costumbre con todo lo que creaba.

El taller era un pajar de rizos enmarañados, de bucles dorados. Un campo de trigo que no dejaba de crecer a sus pies. Aspiraba hondo, esperando siempre que ese viejo y conocido aroma de madera lo embriagase una vez más.

El rostro blanquecino de polvo estelar, de ese mismo polvo de la naturaleza que él moldea y con la que juega a su antojo. Los ojos cansados. La mente embarrada del sudor de varios días. Pensaba que mientras daba forma perdía la suya; y el descanso que no tenía se lo cedía, como despiertos se mantienen los cirios en las veladas de Cuaresma, a su nueva obra. Aquello era su particular ayuno, una penitencia que se traducían en forma de ojeras y cortes a medio cicatrizar. Con un suspiro cerró los ojos.

Aquella habitación, iluminada solo con una bombilla flotante en el techo, desapareció. No había nada, salvo un enorme vacío que lo engullía. La pequeña corriente de aire que entraba por debajo de la puerta levantaba pequeños remolinos de viruta y serrín que le acariciaron los pies. Abrió los ojos.

—No te voy a atar las manos. No estoy yo encargado de ese trabajo.

Su pecho se contrajo. Se sintió vencido por el cansancio que le mordía el alma. Pero ni pudo ni quiso dejarse vencer

por él. Se acercó con el miedo de que alguien le rechazase. Y con mano dudosa acarició el rostro. Los pómulos con un tono ocre, la barba sin terminar, el cuello y los hombros desnudos.

—Si yo pudiese, no te dejaría partir de aquí. Dormiría contemplando tu rostro, cuidando de que el aire que te rodea fuera el único que te adorase después de mí. Si de mí dependiese, dejaría tu rostro incompleto bajo mis manos, que ellas no terminasen de tallarte para que nunca tuvieses un final. Afilaría tus ojos de la pena a la alegría, y dibujaría en tus labios todas las sonrisas que mereces. —Sintió una agonía atravesarle el corazón. Miró el reloj; caían con dureza las horas—. No te voy a atar las manos.

Rindiéndose, cayó al suelo despacio ante la imagen que lo contemplaba. Primero de rodillas, después sobre sus talones, y se tumbó a lo largo. Aquel era no era el final, pero lo sentía muy cerca. Sus dedos palpitaban, y su sangre, como una locomotora, se le atropelló en la garganta hasta provocarle un fuerte dolor de cabeza. Pero aquello lo hacía sentirse vivo y no le gustaba.

Extendió el brazo y tocó los pies de madera que intentaban andar. Solo acarició el contorno y pensó que no debía terminar nada. Una vez lo hiciese, se lo llevarían.

—Crearte de mil formas, mi Señor, es el privilegio y la maldición que me has dado. Porque después no puedo separarme de tu lado, y quitarme el trozo del alma que tallado queda contigo. Cada vez quedo más vacío, y la soledad me inunda.

La pena me aflige y no hay más tristeza que no volver a buscar tu perfección en cada jirón de la madera.



Despertó embadurnado en sudor, con trozos de polvo seco enquistados en algunos poros. Se levantó. Algunos surcos se le marcaban en la frente. Y aunque seguía sintiendo una soledad que le carcomía el pecho, decidió acabar.

Perfilar la barba, solo el lateral derecho. Pulir un poco más el dedo índice que señalaba hacia abajo engarrotado.

También el pie, el talón se unía demasiado a la base. La espalda estaba terminada, el pecho y los brazos. Los hombros, un poco el izquierdo.

No le surgió el hambre, ni tuvo ganas de parar en un breve descanso. Sentía la lengua pastosa, con una sed que le ardía en la garganta, pero no; sentía escaparse las horas, y ni quería ni podía parar.

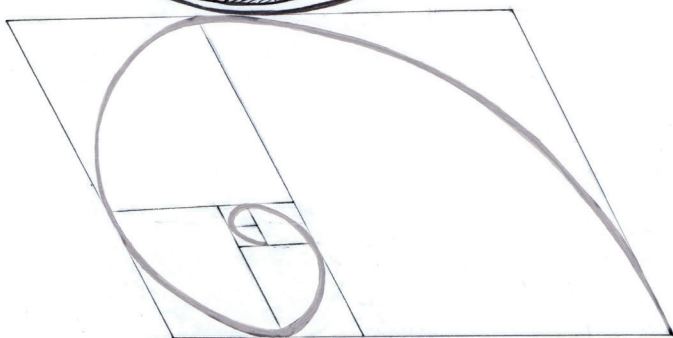
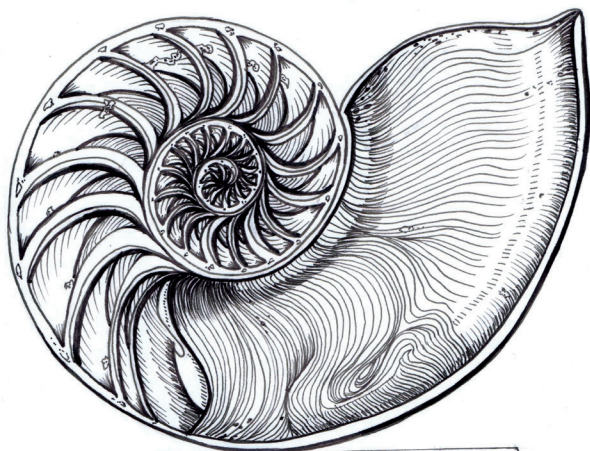
Delante de su pequeño monte Calvario de virutas, madera y herramientas, que desprendían un olor mohoso, lo contempló. Paró en seco el impulso de acariciarlo.

—No te voy a atar las manos. —Y cerró los ojos. Un pequeño llanto de lágrimas muy cálidas le recorrió las mejillas. Aquello sí era el final. Suspiró para calmar la soledad que le abrazaba, tan conocida y esperada. Y una mano le acarició la cara.

La campana vibró con el último golpe, y el trono se levantó con un balanceo, al principio con el paso cambiado. Un toque para igualarlo y echar a andar. La madera crujía al son de la banda. Algunos gritos de fe salieron de los penitentes. Al bajar el pasillo de Santa Isabel, con tranquilidad, sin saberse esperada por nadie, una mujer de pelo blanco se agarró el pecho con la pena del recuerdo.

—¿Por qué te atarían las manos, hijo mío?

DISEÑADOR



A Fernando Prini.

El número áureo es representado con la letra ϕ (phi) en honor a Fidias. Es un número irracional descubierto en la antigua Grecia, que expresa una proporción que se encuentra en todo lo natural, desde un girasol hasta el caparazón de un caracol. Todo el que sabe utilizar este cálculo logra en sus obras un grado máximo de perfección.

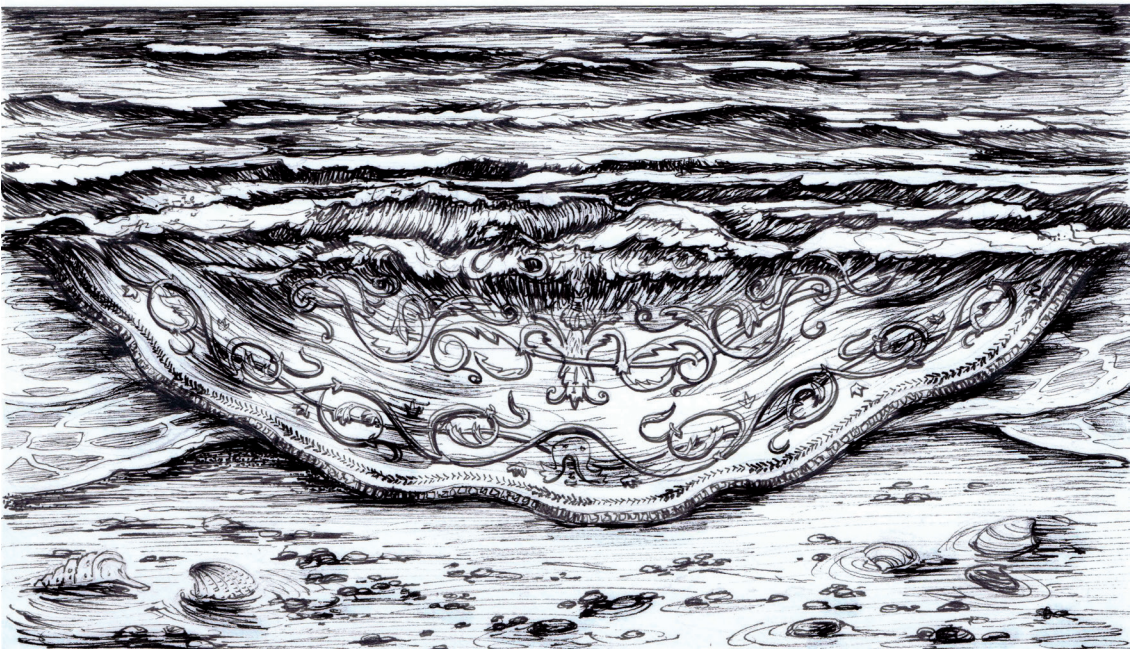
Utiliza su salón para pensar, para imaginar un trozo de su alma. Desde su mesa de cristal oye el rugido del mar, lo ve y lo huele. Inspira un manto, tal vez azulado y lleno de ondas, o negro, como cuando las olas se balancean sin ser vistas en la noche; depende de cuándo le llegue el aroma a salitre. Pero hoy, agarrado al papel que lo separa de ese mar, siente que no le habla; el sol lo ilumina con más fuerza.

Gira el cigarro, un humo blanquecino de paz le envuelve el perfil, achina los ojos y pisa la arena. Cruje bajo sus pies, murmuran los granos un idioma simétrico. En la orilla una pequeña caracola llega bailando entre espuma y lo llama. Suspira dos veces, con un frescor que le limpia los pulmones. La pequeña caracola tiene una espiral exacta, una redondez con un brillo que la recorre perfeccionado por la humedad. Le recuerda a una barra de palio, algo casi sublime para el balanceo de una bambalina que cruje en plata.

Una ola le inunda los pies con prisa. Le arranca un escalofrío y el agua juega con la arena que brilla y cierra los ojos.

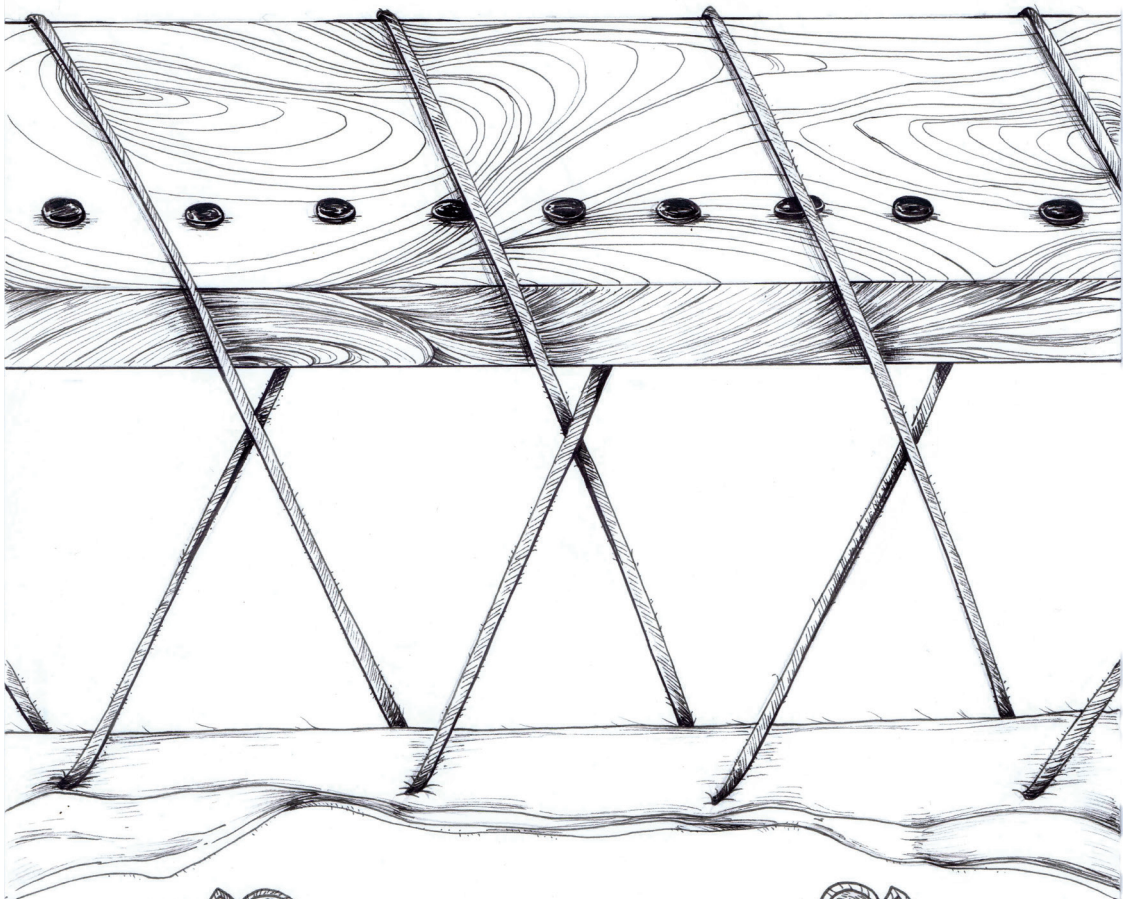
El horizonte se le acerca, un infinito le anega el pecho y una pequeña brisa le acaricia el rostro. Un leve susurro le habla al oído. El mar se le abre en su profundidad, las olas se revuelven entre sí, chocan las pequeñas piedras pulidas y oye un toque de campana. Busca para su diseño el pequeño vaivén de la marea. Tiene que tener esa paz, ese movimiento de armonía.

La clave, una simetría de espejo. No se deja rendir, un pequeño soplo de inseguridad le recorre la espalda. No encuentra esa pieza que le falta, y es un puzle que se le desmorona. Piensa, y sobre todo recuerda. Ahonda en sus pensamientos, en otras obras, en otras imágenes, en otro tiempo, y allí lo tiene. Un perfume que le abrumba y una mano cálida que le acuna en su pecho. Una caricia a tiempo, de sonrisa de plata y bordados en seda, el corazón de su madre. Esa es la simetría perfecta.



Sus manos se manchan de tinta, los borrones le ayudan a buscar, y sabe que está allí escondido. Dentro del papel está el diseño, solo tiene que encontrar el camino. Sabe que merece más, que esa imagen de su devoción tiene que llevar la perfección, no para lucirla, sino para que se combinen una con otra. Un sol, debe llevar un sol como seña de luz perpetua. La luna bajo sus pies; varios giros más, piensa en añadir otro, pero no; quiere que al marcar el camino de su dibujo sea sencillo, no hay más camino que ella. El color, le falta el color, coge el verde, pero no le convence. No quiere que lleve luto. Bordea con oro. Y deja a un lado olvidados el malva, el blanco... Su respiración se agita porque le crece el alma, y en ese instante lo ve. Ese es el color adecuado.

Lo tiene, está seguro. Abre los ojos, le sonrío al mar.



MÉTODO DE CREACIÓN
DE UNIVERSOS



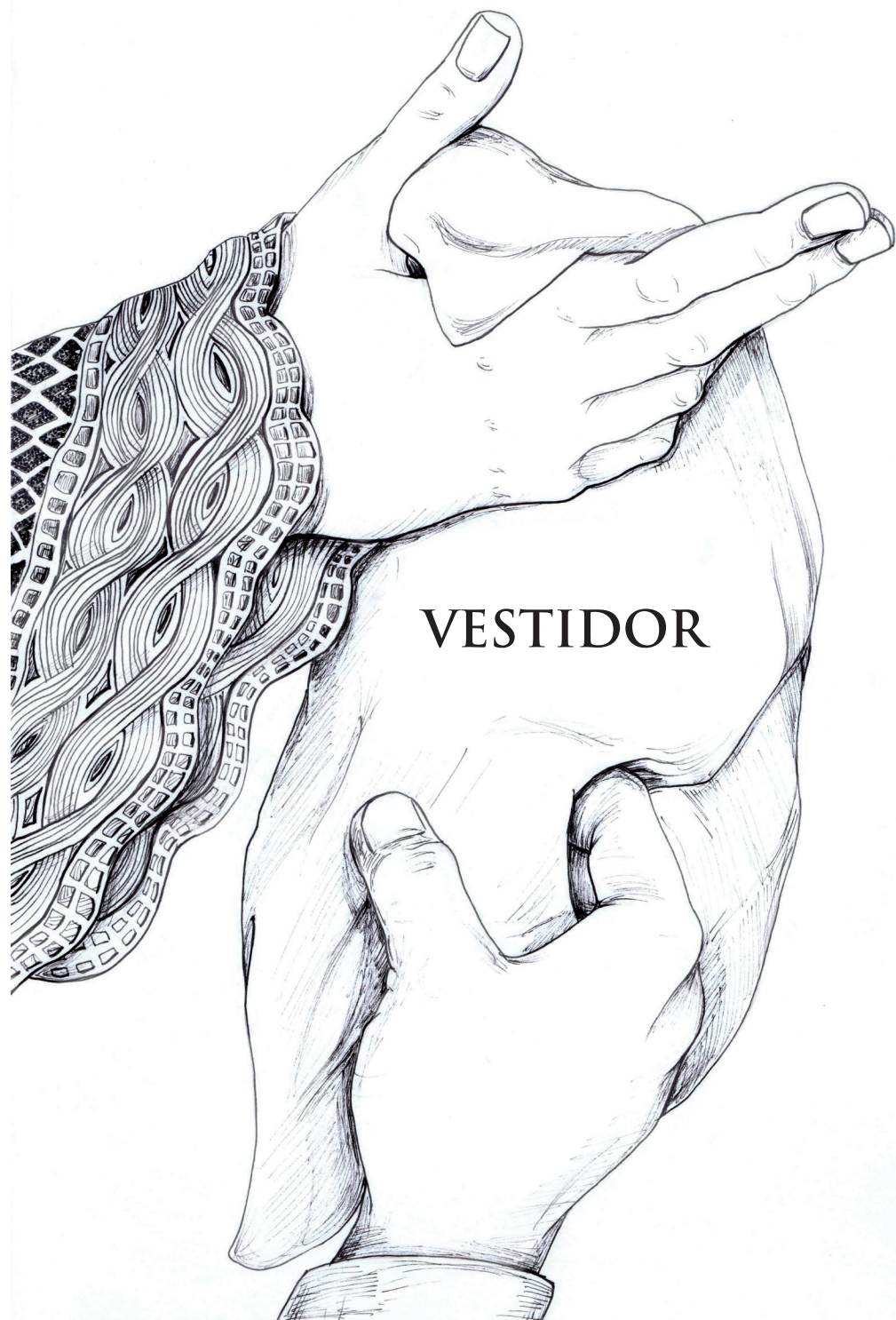
Para empezar, hay que convencer a una nube.

Ha de ser una blanca y lisa, de trato afable y con cierta tendencia al infinito. Este tipo de nubes no suelen estar en el cielo, con lo cual no se pueden atrapar con cometas; aparecen en sueños que sobrevienen tras un insomnio feliz y para persuadirlas de ser el origen de un universo, antes hay que dibujarlo y prometerle que será eterno. La nube es blanca pero no ingenua y sabe que la inmortalidad es quimérica, pero aun así, cuando ve el dibujo sale del sueño y, adoptando el nombre de muselina morena, se echa sobre un bastidor y se fija a las propiedades; entonces llegan las manos y comienzan la labor, no sin antes nutrir a la nube con almidón de arroz, el alimento que servirá para darle la estabilidad necesaria al nuevo cosmos. Trabajan con devoción y en su cometido maravilloso de crear flores, estrellas, ángeles y hojas se auxilian de agujas e hilos, pues los universos se bordan, ya que de otra forma se descoserían y volvería el caos. ¿No existen máquinas que cosan universos? Claro que las hay, pero la belleza y la perfección que da uno hecho a mano no tiene comparación, sobre todo por un detalle que es, en realidad, lo que distingue a los universos maquinales de los manuales: las horas. Cajas, sacos, camiones de horas son precisos para convertir el diálogo de una nube con unas manos en un universo, que poco a poco, como un puzzle —diríase que un rompecabezas—, surge; como buen todo, está hecho de tantas partes como sea posible o necesario o ambas cosas a la vez y las piezas se trabajan por separado con esmero y pulcritud, aun a pesar del sudor y de la sangre que a veces mana de las manos. Porque hay geometría, poesía y arte en el bordado de un universo, pero sin agotamiento y horas no se origina, sea del tipo que sea, desde una escena bíblica a la capa de una reina, y esta es una de



las maravillas de construir universos, cualquier cosa puede salir si se combinan manos y horas, hilo y aguja, ciencia y paciencia. El resultado es expansivo, como corresponde a las leyes cósmicas: se extiende y va más allá del tiempo y del espacio, magnitudes que se combinan ante la vista de quien lo contempla, que no alcanza a ver el trabajo inmenso que hay detrás porque ya no es un puzle, sino un entramado donde no se notan las uniones, los pespuntos invisibles, el hilo es uno solo infinito.

Y lo que fue una nube dentro de un sueño ahora es un universo.



VESTIDOR

Hoy le tiembla más el pulso, tras una noche sin sueños, sin poder dormirla del tirón. El primer suspiro de la mañana le ha resultado un poco agrio. Con el café bien cargado, la cierta tranquilidad de saberse algo más persona le abruma y le reconforta. Canturrea haciendo una cama que ha dejado respirar un rato. Una cama que le parece demasiado grande, y que su cuerpo no llena. El pensamiento le reseca el segundo suspiro.

Ya no oculta la calvicie, deja relajada la barriga, y planta cara a las ojeras. Un perfume de limón y clavo le devuelve las ganas de vestirse. «Mañana cambiaré las sábanas», piensa, y sonrío: le gusta el olor a jabón cuando se acuesta.

Ayer no regó las plantas, pero no importa. Siempre que se le muere una, la sustituye por otra de plástico y se queda más tranquilo. Cada vez tiene más tiempo libre, pero menos para dedicarle a lo que le rodea. Menos ganas, menos suspiros; menos sueños.

Se para en la entrada; con esa tranquilidad que le ha producido una enorme barriga, comprueba que lleva todo antes de salir. Todo listo: las llaves, la cartera, el tabaco; la soledad. Todo en su sitio. Antes de continuar, conforme a su ritual, coge el cuadro. Lo mira y desaparece la cancioncilla que canturreaba. Se despide de la foto. Le sonrío desde un cristal besado cada día, con la marca blanquecina de sus caricias. Lo lleva como un amuleto al pecho: el rostro de su madre lo envuelve, lo protege, y un tercer suspiro, que le carcome el corazón, lo astilla por dentro. No llorar se le hace un mundo. Besa la fotografía. Ya casi ni se pregunta cuánto tiempo ha pasado, pero el suficiente como para que siga pellizcándole el corazón.

Una lágrima, que se permite derramar, le recorre toda la mejilla. La seca con el dorso de la mano y comprueba que no se ha afeitado, pero mañana lo hará, cuando cambie las sábanas.

Deja en su sitio la fotografía y acaricia el rostro acartonado que siempre mira al infinito. Le da lo mismo, pero se deja suspirar de nuevo.

El sol esta mañana es demasiado redondo, con una luz blanquecina que no deslumbra, solo ilumina con tibieza. En la tienda de abajo saluda con expresión alegre, tener penas es para la casa. Con total confianza pide que no le guarden el pan: no volverá a mediodía, quizás coma fuera, no sabe aún con quién, les dice, y sonríe.

Comienza su camino, con un paso ligero para espabilar las piernas. Cree recordar que pudo haber tenido un sueño, es posible que en una duermevela haya conseguido tener alguno. Pero lo olvida enseguida. Hace un esfuerzo por recordar, pero la luz de ese sol tan redondo le hace daño en los ojos y sabe que va a acabar con dolor de cabeza. No ha tenido ningún sueño, ya no los tiene desde que está solo.

Baja la pequeña cuesta de su barrio; el invierno aún permanece, pero comienza a notar ciertos bochornos. Sabe que no tendrán primavera, la ciudad no tiene estaciones intermedias. Entra el verano o entra el invierno, y los árboles, cuando logran tener ciertas hojas, terminan perdiéndolas con rapidez. Se toca la cabeza: no son los únicos que han perdido algo.

Saluda a varias personas, pero solo levanta la mano e intenta aligerar el paso. Hoy no tiene ganas de hablar con nadie, no tiene ganas de volver a sonreír. Le cuesta aumentar el paso, así que no tiene más remedio que dejarse caer en el primer banco que ve. Se promete no estar demasiado tiempo, pero un cansancio le trepa por la garganta, no puede respirar con normalidad.

Unas palomas se le acercan a los pies. Con un movimiento las ahuyenta y alzan un pequeño vuelo. Más que volar planean a ras de suelo. Sentir que con un leve gesto podría ir a otro lugar cualquiera en lugar de continuar sentado, asfixiado en suspiros, es una idea que le reconforta.

Con un paso calmado llega al destino de su mañana. Entra; debería inclinarse, saludar de algún modo, pero se conocen tanto que le sonríe. Ella parece mirarlo, y a su lado él siente tanta paz que la caminata asfixiante le merece la pena.

—Buenos días, señora mía. Cada vez que te veo, se me coge el mismo pellizco de siempre aquí. —Se acaricia la enorme barriga—. En la boca del estómago. Es una pena que no se me cierre un poco, porque voy a explotar.

Le acaricia la mano, que sujeta un pequeño pañuelo, y se lo quita. Suspira.

—Nunca me ha gustado verte llorar, pero supongo que tenemos tantas penas y te damos tantos disgustos que nos limpias de alguna forma con tus lágrimas.

Le quita el pequeño rosario, su sonido de canicas le recuerda a su niñez. A mancharse los pantalones tirado en la arena del patio, saltar de alegría con las pequeñas carambolas, el dolor de uña por los golpes de las bolas de cristal.

Quitarle la corona le supone siempre nerviosismo, con paciencia le va retirando medallas, rostrillo, pecherín; el sobremanto y el manto le pesan demasiado. Ella siempre está guapa de cualquier manera. La saya y las mangas a un lado, y cuando le suelta el cabello, llora de nuevo. Esa imagen de sencillez le sobrecoge el corazón, nota los latidos en la garganta y, como otras veces, se promete no volver a llorar.

En el suelo aparecen varios papelitos en forma de peticiones que, al cogerlas, le electrizan las manos. Las junta todas, hoy solo hay cinco, las besa y se las coloca en una cajita con sus pañuelos. Es parte de su ajuar, la fe que le profesan, que le rezan con el alma hacia ella. Para él, aquello es mucho más valioso que todo lo demás, y con tanto mimo las acuna en el pecho y sonríe.

—Virgencita, anoche creo que soñé, pero no lo recuerdo. Creo que fue algo bonito, pero eso es lo que pensamos todos cuando no recordamos. Creemos que es algo que nos enriquece. No te pido que me lo hagas recordar, nunca te pido nada, solo que me dejes a tu lado otro día más. —Le vuelve a acariciar la mano—. Y que me cuides a lo que tienes allí arriba.

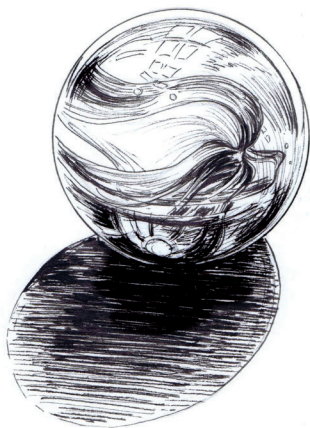
Se sienta a su lado, en un banco algo roído que cruje con su peso. La mira con el pelo suelto, la cara al frente y los

pequeños rayos de sol que le iluminan las lágrimas de cristal. Las pequeñas motas de polvo a contraluz le crean un manto casi transparente y piensa que son ángeles que la envuelven.

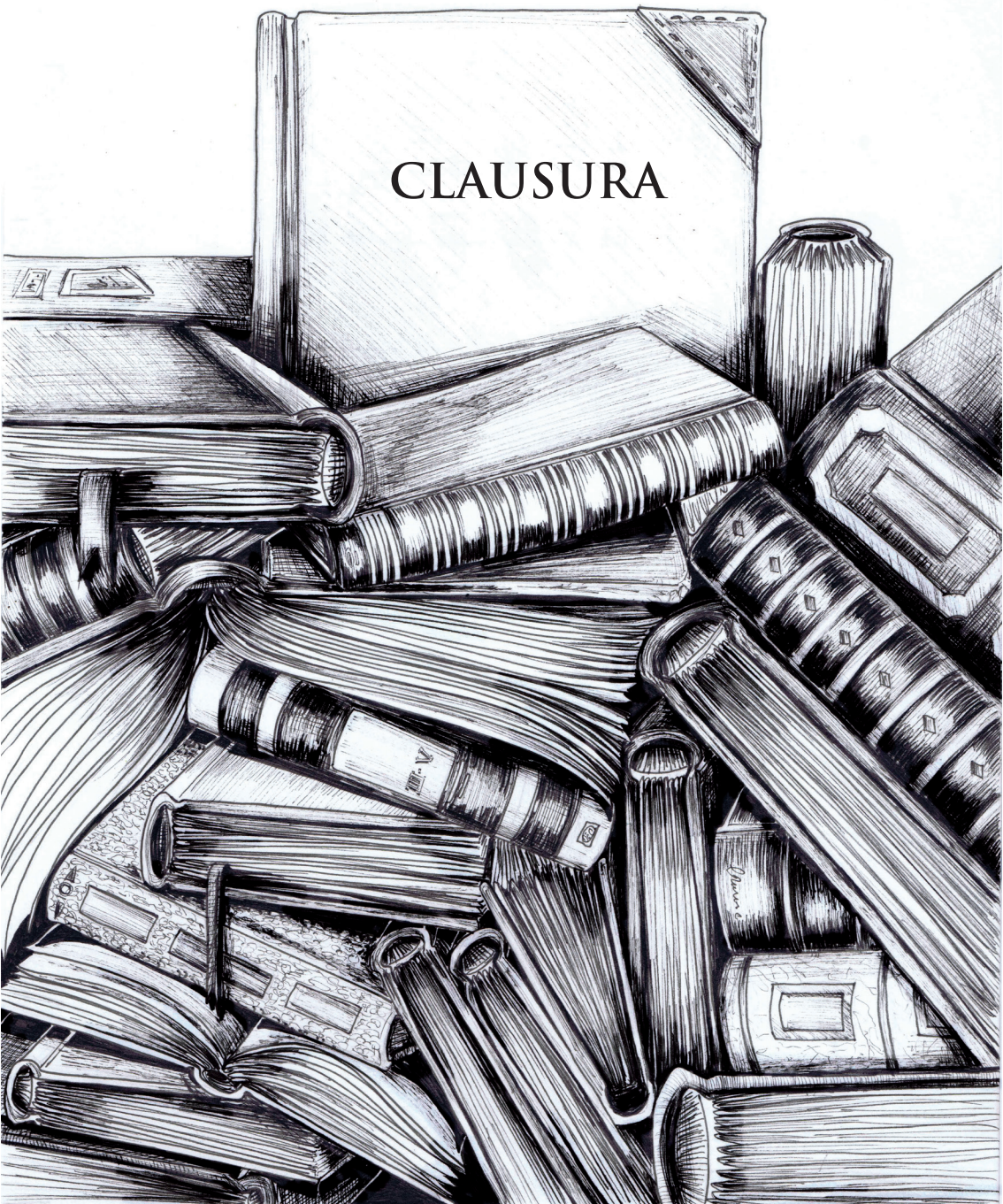
El camino de vuelta le resulta corto, no piensa en nada; solo mira el suelo como una costumbre ya de muchos años. Ya ha oscurecido y una silenciosa brisa es su compañía. Al entrar en casa, una bofetada de frío le pega fuerte, se olvidó de cerrar las ventanas. Y con un repentino agotamiento intenta sonreír, pero se le queda en una mueca de espanto.

Hoy no hay cena, solo le apetece un vaso de tila templada y perder el tiempo con la televisión. Piensa en lo guapa que la ha dejado, en el rosario nuevo que le ha puesto hoy y en lo pronto que estará en la calle para abrazar a sus hijos. El orgullo lo inunda y se queda dormido.

La mañana es más soleada. Despierta en su cama; quizás entre sueños se dejó llevar hasta ella. Se estiraza a lo ancho. Aunque dejó la ventana abierta, no ha sentido frío. Se siente sin ganas de suspirar y poco a poco se incorpora. Primero se sienta en la cama, baja los pies al suelo y pisa algo. Se agacha tranquilo, recoge una pequeña canica de cristal y sonríe. Hoy cambiará las sábanas.



CLAUSURA



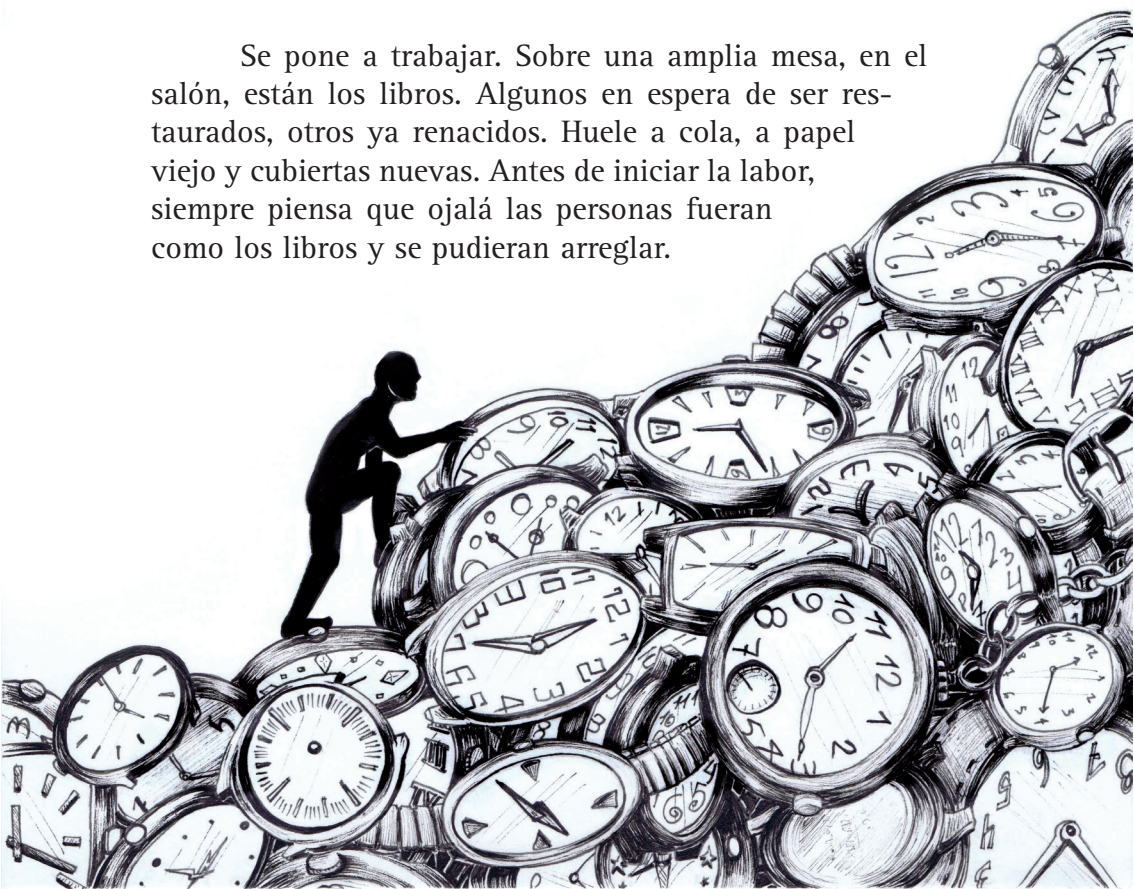
Abre los ojos y ya sabe que no podrá cerrarlos: otras veces lo ha intentado y no funciona. Suspira y mira la calle aún dormida, donde lo único vivo es la luz que se escapa del obrador de pan. Una luz que huele y que ya no destaca con tanta nitidez como hace unas semanas. Amanece más claro, está llegando la primavera. Se levanta y se asoma a la ventana. La mujer le mira y él le devuelve la mirada. Calcula que llevan ya casi quince años encontrándose de lunes a viernes a la misma hora, él en su dormitorio y ella camino al garaje de donde saldrá en unos minutos. Nunca se han dicho nada. Ella sabe cuándo él está más triste o alegre de lo habitual, él le infunde ánimos para afrontar el día de trabajo que le espera.

Se prepara un café y se sienta en la mesa de la cocina. Enciende la radio y escucha las noticias, que le traspasan sin alterarle. Traga saliva: aún sigue echando de menos el cigarrillo que se fumó durante treinta años a esa hora. Recuerda el último, cuando España ganó el mundial de fútbol. Había tantísima alegría genuina en la gente que decidió contagiarse y se asomó al balcón. Alguien le sonrió, adivinó su ansiedad y le tiró un cigarrillo, que cayó a sus pies. El mareo que le otorgó el tabaco al fumárselo —tras años sin probarlo— le supo a gloria. Fue la única excepción que se permitió desde que lo dejó y hasta que no se termina el café, el humo de aquel cigarrillo parece flotar ante sus ojos, eterno e invisible.

Enciende el portátil que le han regalado sus hijos. Suelen hablar por teléfono un par de veces a la semana, a veces más con el mayor, que se divorció hace dos años y no lo lleva bien. Vienen poco a verlo, ellos entienden su afán de pasar las horas en compañía de quien ya se fue.

Mientras desayuna unas tostadas con aceite y ajo, visita varios foros en internet. El tema es lo de menos y muchas veces no entiende de lo que hablan –móviles, coches, jardinería–, pero le fascina cómo se relacionan las personas que escriben en esos grupos, sus discusiones, malentendidos y reencuentros. En más de una ocasión le ha tentado la idea de participar en alguno, pero la desecha con rapidez: no quiere actuar, se ha hecho a contemplar. Porque todas sus acciones y pensamientos están dirigidos al amor, de otra forma qué sentido tendrían estos largos años de encierro apacible. No, él no se va a convertir ni en un viejo cascarrabias ni en un entusiasta de la tecnología. Se limita a que el tiempo pase por él, a escalar montañas de horas con el único objetivo de subir la siguiente.

Se pone a trabajar. Sobre una amplia mesa, en el salón, están los libros. Algunos en espera de ser restaurados, otros ya renacidos. Huele a cola, a papel viejo y cubiertas nuevas. Antes de iniciar la labor, siempre piensa que ojalá las personas fueran como los libros y se pudieran arreglar.



Luego, ya se concentra, los recuerdos se alejan. El presente son los pliegos, las cuerdas, las agujas: pegar, coser, escoger la cabezada y las cubiertas.

Desde que empezó a estudiar la carrera no había vuelto a encuadernar, y eso que le encantaba, pero su padre fue intransigente: tenía que ser economista y luego hacer unas oposiciones. No quería ver a su hijo como se veía él, aprisionado en el taller desde el amanecer hasta la noche. Tras tres intentos, sacó plaza en el Ayuntamiento, en el área financiera. La vida transcurrió y se casó, tuvo hijos y un día, demasiado pronto, su esposa falleció. A la semana siguiente fue su padre y un mes más tarde su madre. Se quedó roto, paralizado. Iba al trabajo por inercia y le parecía que era otro el que se levantaba y estaba en la oficina; él ansiaba quedarse en casa, necesitaba vivir para recordar, no quería distracciones. Por fin, se jubiló.

Fue entonces cuando decidió vender la casa de sus padres y darle a cada uno de sus hijos la mitad del dinero obtenido para que pudieran ponerlo de entrada para una casa. A punto estuvo de vender a precio de saldo las herramientas de su padre a otro taller, pero por nostalgia se dijo que ya lo haría más tarde. Y así fue como, a fuerza de ver los utensilios en su casa, se le ocurrió la idea.

Suena el timbre del porterillo. Es la comida, que de lunes a sábado le suben del bar de la esquina. Los domingos desayuna churros con chocolate y va a comer a casa de uno de sus hijos, de forma alternativa.

—Hoy tenemos caldito de pintarroja, buñuelos de bacalao y papas a lo pobre. Me ha dicho mi padre que usted sigue la Cuaresma y por eso nada de carne.

—Tiene razón, dale las gracias.

—A ver si un día me enseña... —dice mientras señala la mesa.

—Cuando quieras. Yo no salgo mucho. —Se fija en sus manos: las tiene largas y fuertes, podría ser un buen encuadernador.

—¿Es difícil?

—Bastante. Pero se puede.

Come sin prisas, en silencio. Al terminar, después de fregar los platos, coge al azar uno de los libros restaurados y lo empieza a leer. Pone música, canta Cesária Évora:

Si tú me escribes,

te escribiré.

Si tú me olvidas,

te olvidaré,

hasta el día

que regreses.

Se queda dormido en el sillón. Una siesta apacible, sin sobresaltos. Todavía no lo sabe, pero esa noche soñará con el primer viaje que hizo a Portugal con su mujer y los niños. Él

la abrazará y le dirá lo mucho que la echa de menos; ella se reirá y le dirá:

—Qué exagerado eres. Estoy aquí, contigo. No te pienso dejar nunca.

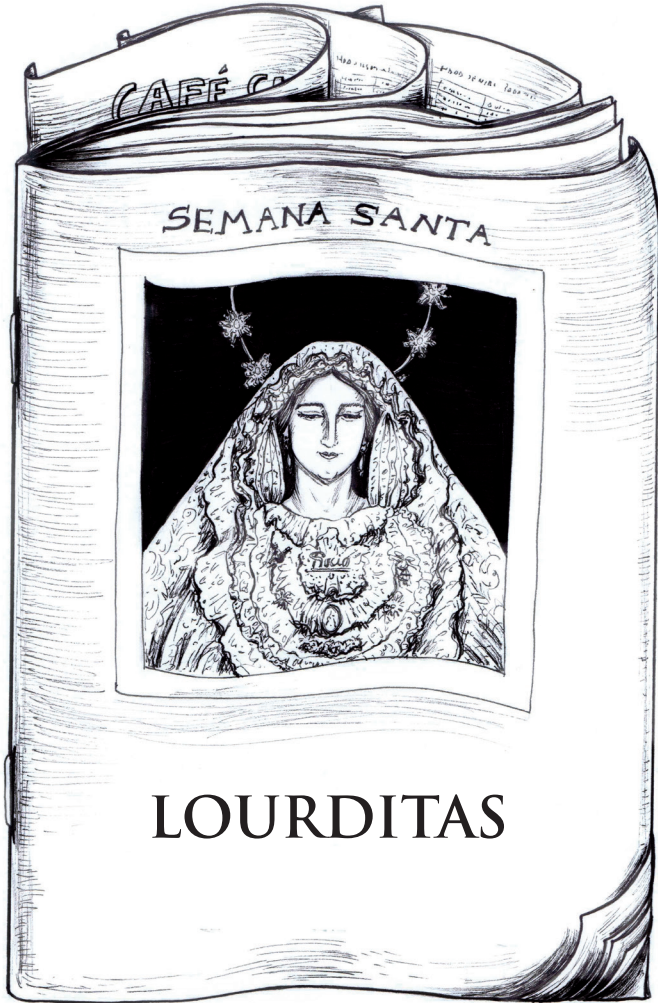
Se prepara un café suave y vuelve al trabajo. El día de reparto se acerca, esta noche y las siguientes va a tener que acostarse un poco más tarde. Hay unos ciento cincuenta libros, podrá terminar cien más. No está mal, veinte o treinta más que el año pasado.

Se los encuentra en muchos sitios: en la basura, por la calle. A veces va a mercadillos y los compra por lotes. Los más rotos y viejos son sus preferidos. No le inspira lástima su estado, al contrario: un libro desvencijado es evidencia de que se ha leído y ha pasado por muchas manos. Juega a adivinar las personas que los han tenido, quiénes los han desechado, acaso las que los echan de menos.

Pronto volverán a la calle. Él los irá dejando sobre un banco, en la mesa de un bar, por el paseo marítimo. Alguien los encontrará, mirará en derredor con sorpresa y, al no ver a nadie que lo reclame, se lo guardará.

Faltan quince días para repartirlos. Para, por un día, liberarse de los recuerdos y convertirse unas horas en alguien que se entrega a los demás. A ella seguro que le gusta la idea.

Quedan quince días para el Viernes Santo.



La luz entra a chorros por la ventana del Café de la Abuela mientras Manuel disfruta de su cortado con la seguridad que da el hábito. Bebe de un tirón, luego deja el vaso sobre la mesa y con un silbido avisa al camarero de que ha terminado y puede venir a cobrarle. Son tres con veinte. ¿Tres con veinte?, anda que no sois careros, ironiza Manuel mientras se levanta abrazando con sus dos manazas su enorme barriga de buda. Esa mañana lleva una camisa de fondo blanco y rayas azules, un pantalón chino de color beis y zapatos y calcetines negros. Tiene cincuenta y cuatro años y una calva prominente que le ha declarado la guerra. Él no se queja. Sigue avanzando pese a la enfermedad que le arrebató a Lourditas el invierno anterior y, con muchos desvelos y alguna que otra alegría, lleva cada día a su hijo Paquito al colegio, a ver si es verdad que de una vez termina la ESO y puede seguir estudiando. El año pasado repitió. Es normal, con lo que tenía encima y viendo a su madre así, pero Manuel sabe que Paquito no es para nada tonto. Es más, es muy listo. Se lo han dicho los profesores. El niño no es bueno en los deportes, pero de matemáticas sabe un rato. De cualquier forma, Manuel ya está jubilado y vive en la calle Victoria. La fábrica de cervezas de la que era representante cayó hace dos años por la crisis y un par de expedientes de regulación consecutivos acabaron con los sueños de estabilidad de la plantilla. Ha terminado de cobrar el paro, pero ahorró lo suficiente como para hacer frente a un modesto alquiler, darse algún capricho que otro y pagar la comida y los uniformes escolares de su hijo. Aunque no es de carácter apocado y siempre está haciendo chistes, lo de Lourditas le afectó. Fueron meses viéndola consumirse igual que se apaga una

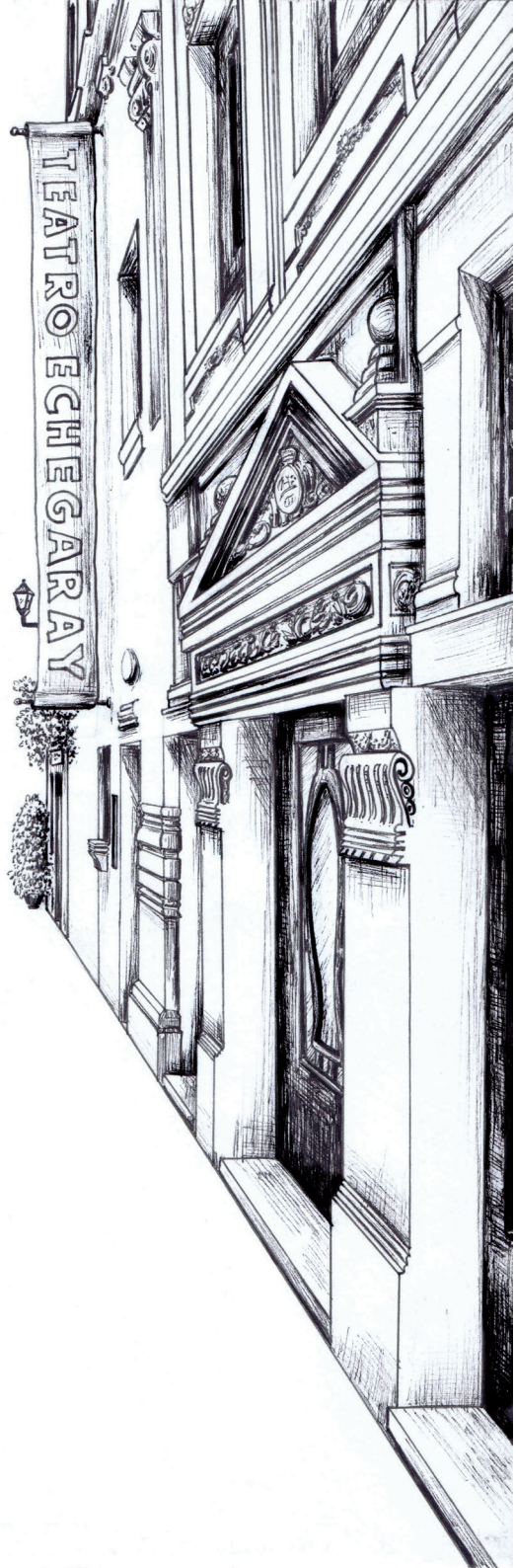
vela, sentada en el sofá atendiendo a programas en la tele que ni siquiera entendía y preguntándose el porqué de aquella espantosa agonía. Pero eso fue ayer, y hoy Manuel sale con paso decidido del Café de la Abuela y se planta en la esquina entre las calles San Agustín y Echegaray. Son las once de la mañana y un nutrido grupo de japoneses recorre disciplinado los metros que lo separan del Museo Picasso, varias señoras se disponen a empujar carritos que casi no pueden ser cerrados y una pareja de jóvenes turistas fotografía la catedral. Hace algo de frío. Es febrero y la Cuaresma ya queda cerca. Manuel retiene en su memoria las horas angustiosas del ocaso de Lourditas y las estampitas de la Virgen del Rocío y del Nazareno de los Pasos que llevaba en el bolsillo de su camisa. A veces les hablaba y les pedía por su mujer y por su Paquito, pero se cansó de rezarles. Cuando Lourditas murió, Manuel no les recriminó nada, pues al final, se decía, se hace su voluntad y no está uno para pedir explicaciones a quienes todo lo saben. Manuel ha hecho de su dolor un motivo para seguir adelante y, además de sus paseos de buena mañana, se vuelca en preparar la procesión del Martes Santo, que incluye una serie de cambios en su recorrido que a él le afectan mucho. En la última Junta de Gobierno se acordó que los enormes troncos de ambas imágenes debían dar la curva de San Agustín con Echegaray, y él, como mayordomo de la Virgen, no vio muy clara la idea en un principio, pero en las últimas semanas, tras hablarlo con Lourditas, Paquito y con varios de sus amigos, ha empezado a pensar que sí es posible. Por ello lleva algunos días de febrero visitando la zona, midiéndola visualmente tras tomar café en su bar preferido y haciendo cábalas sobre qué imágenes se tomarán

desde los balcones aledaños cuando la Novia de Málaga, que va sobre un trono de ocho varales de los más grandes de la Semana Santa, dé esa curva sin rozar la pared. Es cuestión de fe, se dice, y luego ríe de su propia ocurrencia mientras mastica un chicle de menta. Ya no fuma y, más allá de coleccionar martillos para su labor al frente del trono, no tiene más vicios ni aficiones que charlar con su Virgen y su Cristo y con Lourditas como si estuviera a su lado. Lo otro no me lo concediste, Virgen del Rocío, pero por aquí tienes pasar, se repite. Siente algo de frío y se da cuenta de que se ha dejado la chaqueta en el bar, tal vez sobre el respaldo de la silla. Vuelve a la mesa en la que tomó café y allí se la encuentra, pero en la cabeza solo tiene la maldita curva desde hace unas semanas. Ha llegado hasta a soñar con ella. En uno de los sueños, el trono no puede pasar por muy poco y los varales exteriores sufren daños, al igual que el palio, pero José María y Juan, miembros como él de la Junta de Gobierno, dicen que sí es posible, que lo han medido todo y que metiendo los varales unos ochenta centímetros la Virgen del Rocío pasa por allí mientras Málaga se muere aplaudiendo. Él no está tan seguro, sabe que se trata de un trono inmenso, si conocerá él las proporciones de un galeón semejante. Desde que era niño lleva viendo a la Virgen y al Nazareno de los Pasos por las calles de Málaga y ha disfrutado de maniobras imposibles, aunque a él lo que le gustaba de verdad era cuando los dos tronos bajaban juntos por la Plaza de los Monos mientras la gente no dejaba de decir piropos a las imágenes. Pese a todo, sabe que esa maniobra elegida para el próximo Martes Santo tiene detractores, y muchos. Hay algún periodista que ha titulado *El Rocío apuesta a que pasa por*



Echegaray, y muchos hermanos de la cofradía lo han llamado o le han escrito para que se haga cargo de sus preocupaciones al respecto. Esta vez, hasta Lourditas calla, ella, que otras veces deja bastante claro a través de señales que solo Manuel sabe interpretar cuál es su solución para un determinado problema o su vaticinio ante una situación cuya resolución parece difícilmente predecible para otros. Lourditas, solo tú sabes si la Virgen pasa por ahí, dime algo, por Dios. Él sigue midiendo la calle con sus ojos de mayordomo experto. Confía en sus capataces y en sus hombres de trono y no es la primera vez, se dice, que tiene que hacer frente a un reto de esa envergadura. Si el trono de la Virgen pasa, el éxito será de todos, pero si no logra dar la curva, el error le será atribuido a él directamente, y Manuel ya tiene bastante con tirar para adelante con Paquito y hablarle a Lourditas soportándose a sí mismo. Siempre que puede palpar el eco que anida en su pecho,

cosifica su dolor, lo pesa, le da vueltas y luego vuelve a engullirlo con determinación, como si no quisiera soltarlo, como si fuera suyo, como si nadie más sufriera, solo él, y únicamente la Virgen le prestara oídos y aliento en una situación a la que no sabe ponerle punto final. Cada día que resta hasta Semana Santa, Manuel acude a ver la curva e imagina la maniobra: un toque de campana, pasito derecho sin andar la cola, la cabeza manda. Silencio, no quiero escuchar a nadie, se oye decir en un Martes Santo que aún no ha sucedido. Puede tocar la tensión con sus manos. Baja los hombros y pide otro café mientras ve las sonrisas nerviosas de sus capataces y el aliento contenido de los hombres de trono. Lourditas, dime si pasa, por favor te lo pido, tú que estás ahí con ella, tú que la ves y a ti te sonríe y te habla y te consuela. Rocío, tienes que pasar. En casa, ya por la noche, acaricia su túnica, toca el cíngulo con



el cariño de quien lleva toda la vida usándolo, desde que era pequeño y su madre lo llevaba a verla a San Lázaro, desde que aquellos Martes Santos de los setenta se convertían en una ventana de libertad en mitad de una adolescencia traumática y asfixiante. Las risas con sus amigos, la primera vez que vio a Lourditas, las hamburguesas junto a la iglesia, la promesa de un verano que empieza a nacer el Domingo de Ramos, las noches subiendo por la calle Victoria cuando venía contento y satisfecho consigo mismo tras trabajar todo el día en la fábrica de cerveza, la misma empresa que luego le dio la patada como si fuera una colilla. El día de la procesión, respira de forma entrecortada. Sus capataces saben que no cabe en sí de tensión y la paga con ellos. Trata de incluir un por favor al final de cada frase, pero el tono es el mismo de siempre, el del cariño y el respeto mutuo de cuatro hombres que se miran y todos ellos saben lo mismo de sí y de los otros y conocen a la perfección las hechuras del trono, sus ocho varales, el vuelo de los arbotantes, cómo suenan las bambalinas del palio inmaculado de la Virgen y se la imaginan sonriendo pese a su dolor y hablan con ella y le piden por ellos mismos y por sus familias y por sus compañeros de trono. La procesión atraviesa Carretería y se aproximan al recorrido oficial. La Alameda está llena y calle Larios la recorren de un tirón, pero saben que la esquina de San Agustín y Echegaray está cerca. Las secciones de nazarenos avanzan lentas pero decididas: un mar de capirotos morados precede a Jesús de los Pasos, que supera el trance sin problemas, mientras las túnicas blancas de los penitentes de la dolorosa comienzan a perderse en la curva y el trono de la Novia de Málaga hace su último descanso antes de la curva. Manuel

mira a la Virgen y luego se acuerda de Lourditas. Habla con sus capataces, pero es incapaz de escuchar lo que le dicen. Cuando toca la campana para iniciar la maniobra, ya no existen ni los penitentes ni los hombres de trono. Solo escucha el eco de los aplausos en medio de su silencio. Toca la campana y vuelve a acordarse de Lourditas, ay, si estuvieras aquí, Lourditas, cuánto te echo de menos.

BANDA

A hand-drawn musical score for a band, consisting of four staves. The music is written in treble clef with a key signature of two sharps (F# and C#) and a common time signature (C). The score begins with a dynamic marking of *f* (forte). The first staff contains a melodic line with accents (>) and rests. The second staff features a complex rhythmic pattern with triplets (indicated by a '3' in a bracket) and slurs. The third staff continues the melodic line with accents and slurs. The fourth staff features a rhythmic accompaniment with triplets and slurs. The score is framed by decorative, wavy lines at the top and bottom.



A mi hermano.

El son es simple. Toque de bombo y redoble de tambor guían los pasos que lleva el cortejo. Él acaricia el brillo plomado de la corneta, que refleja el contorno de algunas velas lejanas, el naranja de las farolas; el cansancio que se apodera de su garganta y el camino.

Va vestido de rojo, un traje que le aprieta el orgullo, que lo envuelve con una coraza de saberse compañero, parte de su procesión. Dobla la esquina y se le presenta calle Carretería con su forma curvada que la hace infinita. Todos cierran los ojos al unísono. Una bocanada de aire les acaricia las plumas del casco. Los mayordomos temen por los cirios, pero a ellos les reanima. Les trae el olor sagrado del Redentor que pasea delante de ellos. Miran el balanceo del trono, la talla en la cruz que intentan levantar con cuerdas. La espalda en tensión, el rostro ladeado, la corona de rey clavada en la frente. Un monte de claveles como signo de pasión y el humo del incienso en forma de túnica.

La señal se da, cambian el redoble y las cornetas rompen el silencio. Él cierra con fuerza los párpados, los labios inflamados ya no duelen. Se acerca el final y todos se sienten envueltos en el baile del trono. Los capataces ordenan que vayan más despacio, que la cabecera levante, que no cambien el paso. Y ellos lo envuelven con su color de coral de sangre.

Se acerca el momento que esperan y aquello por lo que ellos caminan con un cansancio que se ha desvanecido. Fusionan



los sones, **las
cornetas
gritan**,
los tambores se
acrecientan, el bom-
bo acompaña. Su
Cristo se balancea
y la «tribuna de los
pobres» se levanta.
Allí, cerca del final,
ellos llenan más los
pulmones e inten-
tan romper la cruz.
Las notas intentan
desclavarlo, termi-
nar el martirio al
que lo suben y pro-
tegerlo.

Queda a la espalda el infinito de Carretería y se enfren-
tan a los callejones. Las paredes los abrazan y la tribuna aún
aplaude. El paso tiene una lentitud fingida. Los pechos les
arden y las espaldas crujen astillándose. El casco les provo-
ca una lágrima de sudor por la frente. Se miran entre ellos y
sonríen.

La iglesia abre las puertas, y dentro la luz es más baja. El
trono entra limpio, de un tirón. Ellos se sumergen dentro con un
rugido de emoción que hace vibrar el templo. El son les ha resul-
tado muy simple; se abrazan, se sienten hermanos.



EL COLECCIONISTA
DE CERA

Manolillo aprieta su bola de cera contra el pecho y tiene la sensación de abrazar al mundo entero, justo como su seño lo rodea a él con sus enormes brazos cuando alguna de sus ocurrencias la hace caer en la risa abierta y generosa que tan indecorosamente regala a todos. Manolillo es un niño inquieto y juguetón que, a sus ocho años, siente una fascinación especial por las grandes bolas de cera, de esas que proliferan cada Semana Santa en la ciudad. Sus padres no saben muy bien de dónde le viene esa extraña afición por coleccionar cera, tal vez lo haya visto en otros pequeños diablillos que dan saltos continuos entre la acera y el asfalto, rodeando a los nazarenos y haciendo continuas cabriolas con una enorme esfera de papel de aluminio.

Cuando llega la Cuaresma, Manolillo nota su pecho preso de hondas emociones que aún no sabe cómo traducir, cómo explicarse, pero que acaso se asemejen a lo que él cree felicidad. Siempre le ocurrió por esas fechas, como cuando su abuela lo llevaba a la calle Victoria para ver bajar al Rescate camino del recorrido oficial y un rumor lejano de tambores lo poseía y daba pequeños saltitos a ritmo de baqueta y miraba a sus padres como quien saluda a la mañana, volviéndose luego hacia el cortejo para ver a los nazarenos y sus capas doradas ocupar la vía en toda su magnitud. Al lado, su hermanita Marta, tres años menor que él, lo jaleaba con su media lengua de trapo y los padres, Paco y Loli, se abrazaban con dicha al ver concretadas sus ansias de plenitud en esas tardes eternas de Martes Santo, como si no cupiera más dicha en sus corazones, como si lo que está por llegar no importara. Hoy, aquellos recuerdos son lejanos, pero Manolillo tiene a Martita y cuenta

con Pablo y Guillermo, amigos de su misma edad que siempre lo acompañan en sus hazañas de pasión.

Cuando Manolillo empezó a coleccionar cera se hizo una gran bola de papel de aluminio y se la enseñó a Marta, quien, asombrada, le pidió que le fabricase otra. Eso ocurrió un mes de febrero cualquiera, justo cuando sus sentidos presagiaban lo que estaba por llegar en apenas unas semanas y todos, en el colegio y en su entorno íntimo, hablaban de cédulas de sitio, varales, palios y túnicas. No es que Manolillo supiera muy bien de qué iba todo aquello, pero sí era consciente de que muchos meses de marzo y abril algo grande pasaba en las calles de la ciudad. A Manolillo le enorgullecía especialmente que Martita siguiera sus pasos como coleccionista de cera. Ambos seguían un ritual casi calcado cada día de la Semana Santa: miraban al nazareno de turno, le sonreían y, cuando el esforzado penitente les decía que se acercaran con el leve movimiento de una mano enguantada, corrían a su vera y sacaban de sus respectivas chaquetas las bolas de papel, que ya por entonces se ocultaban bajo un monte de cera de diversos colores. Luego, el penitente derramaba cera sobre tan importantes tesoros y los dos pequeños se miraban cómplices, como si hubieran logrado alcanzar la cima de sus anhelos. Después, ambos comentaban en casa lo sucedido y se jactaban de ser los mejores aplicando esa extraña destreza que les hacía destacar entre sus amigos.

—Marta, mi bola es más grande que la tuya, tienes que esforzarte más.

—Yo soy más chica, Nano, pero ya te alcanzaré.

Sus padres asistían ensimismados a estas conversaciones y, en muchas ocasiones, observaban a los dos hermanitos en sus reflexiones interminables en torno a las velas, la cera y demás cuitas, y los veían hacer rodar por el suelo sus distintas bolas, renovadas cada dos o tres semanas santas con el celo de dos profesionales de la recolección.



Sin embargo, Manolillo nota que algunos recuerdos de la infancia relativos a los desfiles procesionales han desaparecido de su cabeza. No sabe por qué, pero esa amnesia selectiva no consigue explicársela sin dolor, sin hacer desfilar en su imaginación una sucesión inconexa de instantáneas que encierran todo un abanico gestual de sus padres: lágrimas silenciosas, muecas de dolor en labios pálidos, abrazos, susurros y algún que otro grito. Esas evocaciones coinciden con alguna Cuaresma que no existió, con determinadas procesiones a las que no pudo asistir, son años en blanco en una infancia feliz, que quedan atrás con la calma que da el avance lento de una tormenta que ya pasó.

Luego, tras un paréntesis que duró varias cuaresmas, se ve a sí mismo feliz, persiguiendo a Martita alrededor de sus padres, que, sobre la acera, tratan de calmar a su pequeño ante la mirada extraña de los nazarenos. Cuando consiguen su botín, vuelven a mirar a sus padres y sonríen. Sonríen siempre. Manolillo y Martita son niños risueños. A veces, Paco y Loli reprenden al chiquillo con paternal desahogo y otras, las más, con cariño, palabras revestidas de bondad que revelan una unión que va más allá de todas las épocas y todos los soles y lunas: la unión de la sangre. Ambos saben que Manolillo ha debido de pasarlo mal. No dice nada. No se le ve afligido y ni siquiera lo notan atribulado, pero sí se dan cuenta de que el pequeño, a sus años, calla un mundo de dolor. ¡Cómo dejarlo sin sus procesiones, tras dos años sin pisar la calle Victoria para seguir los cortejos! ¿De dónde le vendrá al chiquillo esa pasión por la Semana Santa, un amor que se concreta en una colección de diez o doce bolas de cera recopiladas pacientemente año tras año, día tras día? Hace unos meses lo llevaron a un psicólogo: mientras el padre y la madre abrazaban con

abandono su pérdida, el pequeño solo callaba y el profesional, tras hablar varias veces con él, únicamente acertó a prescribir más besos y abrazos y minuciosas charlas para que el niño comprendiera, pero Manolillo ya comprendía, si es que hay algo que un niño no sea capaz de entender. Una ausencia que se hace presencia, un enorme vacío que se cosifica, un pozo profundo y oscuro que solo puede llenar la limpia mirada del pequeño.

Vuelve a ser Martes Santo y el Señor del Rescate y la Virgen de Gracia ya avanzan por la Victoria, precedidos por nazarenos con capas doradas que siguen despertando la admiración de Manolillo. Este mira orgulloso a su hermana, y piensa que está especialmente bella con dos coletas que la aniñan aún más.

—Martita, estate atenta, que ahí llegan los primeros. Las velas son grandes, hay que saber rodearlos —dice Manolillo con la exactitud de un profesional mientras mira a su hermanita, que, junto a él, opta por agarrarle de la mano.

Al fondo, sobre la acera, Paco y Loli se miran sorprendidos, como si un puñal hubiera atravesado un enorme papel de celofán. El silencio en mitad del rumor de la multitud hace que sus corazones se hielen, hasta que la madre se acerca a su hijo y le pregunta con mucho tacto:

—Manolillo, ¿con quién hablas?

—Con Martita, mamá, ¿o es que no la ves?



LA FLECHA



Mañana

—¡Anda, si es la Lucía!

—Hola.

—¿Tú no estabas triunfando en Londres?

—En Berlín.

La mujer la mira de arriba abajo por primera vez. Cinco años que no venía por el barrio.

—¿Te acuerdas de la Lucía, la niña de los pelos azules del quinto?

—¿La que era novia del Antonio?

—Hoy la he visto en el portal.

—¿Se queda?

—No sé. Para mí que ha venido a pasar la Semana Santa.

—Pobre chica.

El piso está vacío. Lo recorre e intenta poner los muebles que ya no están. Como sombras del pasado, quedan las marcas de las estanterías, del aparador provenzal del salón, del cabezera de la cama de sus padres.

—Hola, mamá.

—¿Estás ya en la casa?

—Sí. Voy a ir a ver a papá.

Vuelve el silencio. Luego será el roce sin ruido de las flores sobre la lápida. Ella recuerda pocas cosas de aquella noche: la llamada de teléfono, el llanto intermitente, las vecinas. Yo me quedo con la niña, tú ve al hospital. Al día siguiente el funeral, la lápida. Diez años más tarde, Berlín, la música, cantar. Hay muchas canciones y demasiadas mentiras en ellas; incluso cuando son tristes, consuelan. No quiere cantar más. Prefiere el silencio.

Abre la ventana y entra una brisa en lo que era su dormitorio. Ya no está enfrente la tienda de ropa ni la churrería. Cerradas desde hace quién sabe cuánto tiempo. Las tiendas chapán, la gente se va o viene, como ella. Solo que no sabe adónde ir ni qué hacer. Le pica el brazo. El último tatuaje que se hizo. Lo mira. Una constelación de estrellas y notas musicales.

—No se me quita de la cabeza aquella noche.

—Pasó lo que tenía que pasar. Eso sí, la Lucía espabiló y bien rápido. La más chula del barrio. Y se ligó al más guapo.

—Esa niña siempre ha tenido muchos pájaros en la cabeza. Mira que dejarlo e irse a Europa. De cantante de un grupo moderno. Y hoy la veo con su maletita y la cara de gallina mojada.

—Cuando se entere de que el Antonio se ha casado y tiene dos niños, le va a dar algo, que esta ha venido aquí a eso, a buscarlo, te lo digo yo. ¿Y tú, qué miras?

—A este de toda la vida le gustaba la Lucía, ¿verdad, Matías?

—Le voy a tirar una flecha.

—¿Qué dices?

—En el corazón. Una flecha.

Tarde

Matías la sigue con la mirada. A veces se pierde entre el gentío que aguarda el paso del trono; no se desespera. Ella es especial y es fácil encontrarla: basta con cerrar los ojos y ya sabe dónde está. Él tiene poderes, pero en el mundo —o sea, en el barrio— nadie le cree. No importa, hoy se los va a demostrar, van a quedarse sorprendidos. Aprieta con fuerza la flecha que lleva en el pecho, diríase que cosida al corazón. «Voy a curarte, Lucía», se dice para darse ánimos.

Procura pasar desapercibida, pero sabe que no lo consigue. Se siente observada. Por las vecinas, por los chicos, por el Matías. A saber qué piensan de lo que pasó. Nunca dijeron nada delante de ella, era llegar y se callaban, era volverse y comenzaban a cuchichear. Sus miradas: entre la pena y la curiosidad. Por eso tuvo que hacerse dura, refugiarse en la música, buscarse a un novio para que la respetaran y la dejaran en paz. Hasta que pudo marcharse sin dar una sola explicación. Nadie se la pidió. Ni siquiera él.

–Me voy.

–¿Adónde te vas a ir tú?

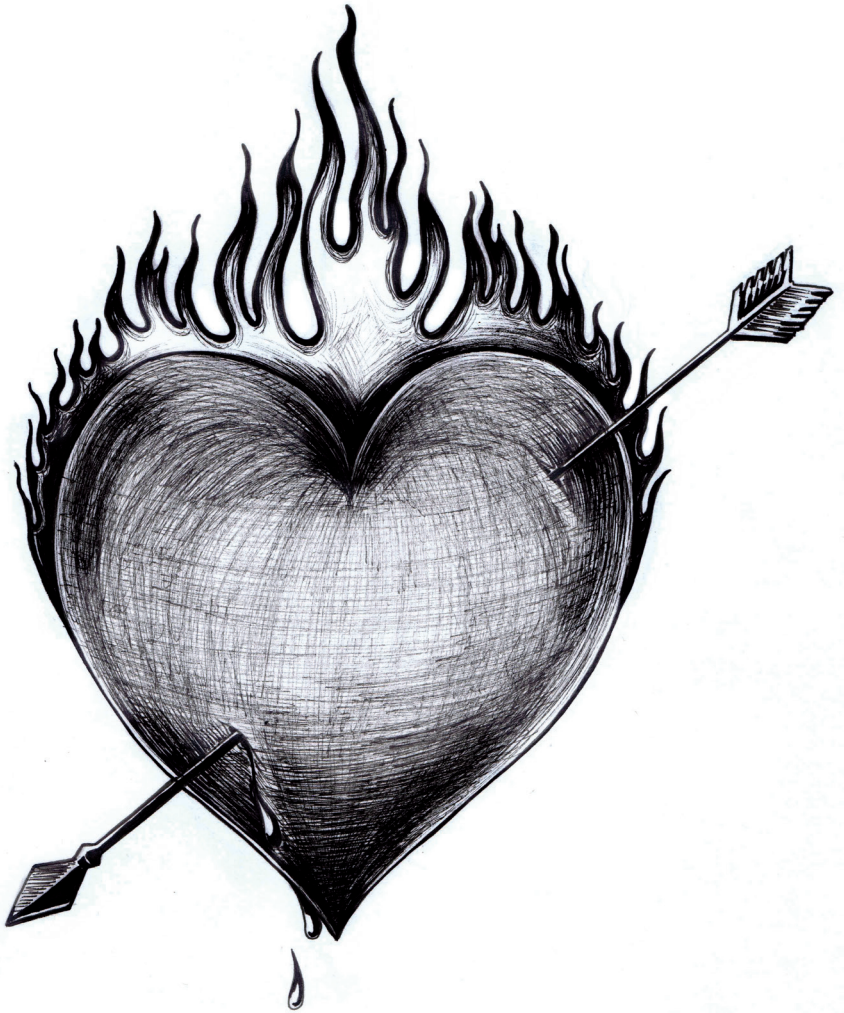
–Lejos, Antonio.

–Muy bien.

El trono se aproxima y la gente se agolpa. Lucía lo mira y descubre con ojos nuevos la cara de la Virgen. Se le revela su angustia, empatiza con su dolor. La ciudad desaparece y solo ve su rostro, las lágrimas eternas, la pena infinita. El trono se detiene a unos metros y ella sale a su paso. Quiere mirarla de cerca, sabe que no tiene respuestas para sus preguntas pero que la va a entender. No siente a nadie ni a nada más, no oye a Matías que se le acerca, no percibe cómo la coge del brazo recién tatuado con las notas de música y las estrellas, no ve que se abre la camisa mientras le dice:

–Esta flecha, de mi corazón al tuyo.

Baja entonces la mirada y contempla el pecho de Matías: una flecha tatuada en su pecho izquierdo sobre un corazón en llamas. Un corazón sobre otro corazón. Mira a Matías el loco y descubre la dulzura, mira a la Virgen y comienza a sentir algo muy profundo. Tanto que solo puede hacer una cosa: cantarle. La calle estalla en silencio y Lucía canta la saeta más sincera y desgarrada que han escuchado en su vida.



Noche

–Tu madre no fue mala, Lucía. Tu padre le pegaba. Mucho. Y ella decidió irse.

–No se fue, Matías. Aún sigue en la casa.

–En tu casa hace años que no hay nadie. Deberías venderla.

–Hablé con ella.

–Hablaste con un recuerdo. Ella se suicidó.

–Le dije que iba a ver a mi padre. Pero no pude. Preferí verla a ella y llevarle unas flores.

–Ibas a vengarte de él, ¿verdad?

–Sí. Ya no me hace falta.

–Me alegro.

–¿Te vienes a Berlín conmigo?

–Solo si prometes cantar para mí las noches de luna llena.

–Las otras noches, ¿qué haremos?

–Cantar saetas.

LA MIRADA
DE LORENA



Lorena abre los ojos y muestra el mundo entero en su interior. El marrón de sus iris se hunde hasta las profundidades de las conciencias ajenas y las enormes pestañas acarician la mañana como el aire cálido de agosto. Lorena mira y todo a su alrededor enmudece; Lorena observa y, en su entorno, todos se sienten escrutados, como si los observara algo superior que anida en las profundidades de la niña; como si, con solo catorce años, la pequeña reuniera en sus pupilas todos los puñales de la tierra.

Los ojos de Lorena encierran un brillo especial las mañanas de Jueves Santo. Su madre, Rosario, se levanta temprano y prepara café y torrijas y, junto a Luis, el padre, comenta las procesiones que, ya bien entrada la tarde, recorrerán las calles del corazón de Málaga. Ese día, de cualquier forma, la familia no podrá ver muchos de esos desfiles procesionales, porque los Toledo son hermanos de la Esperanza. Para Lorena y los suyos esa jornada está repleta de rituales: la madre dobla amorosamente la túnica de terciopelo verde que la pequeña vestirá por la noche; el padre revisa los viejos vídeos en los que la niña ya ejerce como nazarena, justo delante de la dolorosa; la pequeña juega con los guantes y el cíngulo dorado, se los prueba sin la túnica, y piensa en su tío Ángel, en cómo la cogía de la mano cuando, hace años, él la llevaba junto a sus padres a la casa hermandad horas antes de que se abrieran las puertas; recuerda cómo este, con sus gigantescos brazos, la aupaba y le daba un beso en la frente y le decía nena, habla solo con tus padres o con el mayordomo de tramo, pero no con la gente que te vas a encontrar, que hay mucho loco suelto. Y, sobre todo, mírala a ella y rézale por todos. Luego, el tío Ángel desapareció de su infancia como los vencejos se alejan del invierno. No recuerda

bien lo que pasó, solo retiene en su memoria el ruido de vasos estrellados contra el suelo, los ecos de una remota discusión entre su padre y su tío, el llanto de su madre y después la ausencia de su familiar favorito. Ojazos, la llamaba, mientras la ayudaba a ponerse el capirote y le acariciaba el pelo.

Hace años que la familia no sabe nada de Ángel, ni siquiera Lorena, pero en los últimos Jueves Santos ha sentido que él la observa, que la mira y la ayuda a avanzar sobre el romero que preside la calzada antes de que el trono lo bendiga con su paso. Cuando las campanillas suenan ordenando avanzar a la cabeza del cortejo, Lorena escruta la calle y ve las caras sonrientes y entregadas de quienes se han acercado a seguir el discurrir de la procesión. Entre todas, siempre cree ver a su tío Ángel, que la mira y le sonríe; parece él, pero nunca llega a determinar si lo es de verdad. Hace tantos años que ya ni se acuerda. Cuando se queda ensimismada acariciando con sus ojos a la enorme multitud que la rodea, Lorena piensa que le encantaría que su tío estuviese otra vez con ella, que jamás se hubiera marchado, que todas las noches fueran la misma noche en la que él se fue, pero sin esa triste despedida.

Cada año, cuando la enorme marea de nazarenos morados y verdes se desparrama por la calzada y el Nazareno de los Pasos avanza lentamente hacia el recorrido oficial, Lorena realiza la misma oración: le pide que Ángel vuelva y que se hable de nuevo con sus padres, pero sus plegarias caen en saco roto, incluso esta noche, ya con catorce años, en la que sigue buscando y encontrando en cada esquina a alguien que se parece a su desaparecido familiar, un hombre alto, tocado con sombrero y pipa, que la observa sonriente y la mira a los ojos

y le lanza besos y la jalea desde el silencio de la lejanía, un ánimo que se pierde en la ola de conversaciones ajenas y sonidos de la noche del Jueves Santo que ya empieza a convertirse en madrugada.

Algunos de los espectadores cogen a la niña por una de las mangas de la túnica y piropean sus ojos y le piden que pestañee, pero ella rehúye el contacto y vuelve a su fila, mirando atenta a su mayordomo de tramo para detener luego la vista en



el trono de la Virgen de la Esperanza, que con la candelería encendida llena la noche de oraciones rasgadas y lamentos. Luego, Lorena vuelve a pasear sus ojos por la multitud y, si antes le pareció intuir que su tío Ángel aguardaba escondido tras una esquina, ahora lo ve sentado en una silla de la calle

Larios, o en las escaleras de la plaza Uncibay, o tras un puesto de chucherías en la calle Carretería o apoyado en la barandilla del puente de la Esperanza. A ella, cada vez que divisa a quien podría ser su familiar más querido el corazón le da un vuelco y se imagina que vuelve a estrujarla entre sus brazos como cuando era casi un bebé, que le pide otra vez que rece por él y por su familia, que le acaricia el pelo y le dice ojazos, una sonrisa para tu tío, que no se puede querer más a una cosita como tú.

La sensación de ver a su tío Ángel, que se alejó de la familia sin que nadie haya sabido jamás de él, a cada paso que recorre junto a otros nazarenos la asalta desde hace años, pero este Jueves Santo es distinto al resto, porque el supuesto tío Ángel se parece, más que nunca, al hombre rudo y cariñoso que ella recuerda. Nunca se lo ha dicho a sus padres ni ha tratado de explicárselo ella misma, pero cada Semana Santa intuía que él podía estar observándola sin que nadie lo supiera, como si tío y sobrina no quisieran cortar el fuerte cordón umbilical de cariño que les une desde hace tanto tiempo. ¿Y cómo se dará cuenta de que soy yo, si con el capirote solo se me ven los ojos y todos los años cambio de puesto?, se pregunta la adolescente mientras estrecha a sus amigas tras haber finalizado con éxito, y sin incidentes, la estación de penitencia.

Con el capirote abrazado, sale a la calle. El alba despunta en el horizonte y muchas familias se dirigen a los bares de la zona para tomar chocolate con churros; al fondo, sus padres la llaman repitiendo su nombre en el eco de la madrugada. A doscientos metros de ellos está el enigmático hombre que la ha mirado con ternura desde el inicio de la procesión. Ahora no

parece su tío Ángel, pero aun así decide desobedecer a sus familiares y corre hacia él poseída por toda la furia del universo de sus catorce años. Cuando llega a su altura, lo mira fijamente y él sonríe, pero un alfilerazo de ansiedad atenaza el pecho de la niña. Sus padres se acercan a ella y la abrazan mientras Lorena, temblando y con ganas de llorar, repite para sí misma, sin que nadie pueda escucharla, ¿dónde estás, tito, dónde estás?



PARECE
QUE NO LLUEVE

Me gusta llegar pronto a la casa hermandad cada Viernes Santo, y eso que nos han citado casi una hora antes. Aprovecho para orar entre los varales del Señor mientras miro extasiado el enorme catafalco y sonrío cómplice a mis compañeros. Cuando acabo, todavía sin ponerme los guantes ni colocarme en mi puesto, doy un abrazo a Alberto, que va justo delante de mí, y le pregunto por el trabajo, la mujer y los hijos. Luego me gusta darme una vuelta por la casa hermandad y respirar ese aire de incesante laboriosidad que precede a la salida de los tronos: observo a los chiquillos jugar nerviosos con el capirote mientras los mayordomos les piden que se estén quietos, traten de no chillar y cuiden de la vela, casi más grande que ellos; miro cómo el vestidor de la Virgen le da los últimos retoques antes de que todo vuelva a empezar; hablo con los músicos de la Banda Municipal y comentamos anécdotas de años anteriores; y, por último, le rezo también algo a ella, no sea que se me enfade, dado que la Madre siempre trata de llamar la atención de sus hijos.

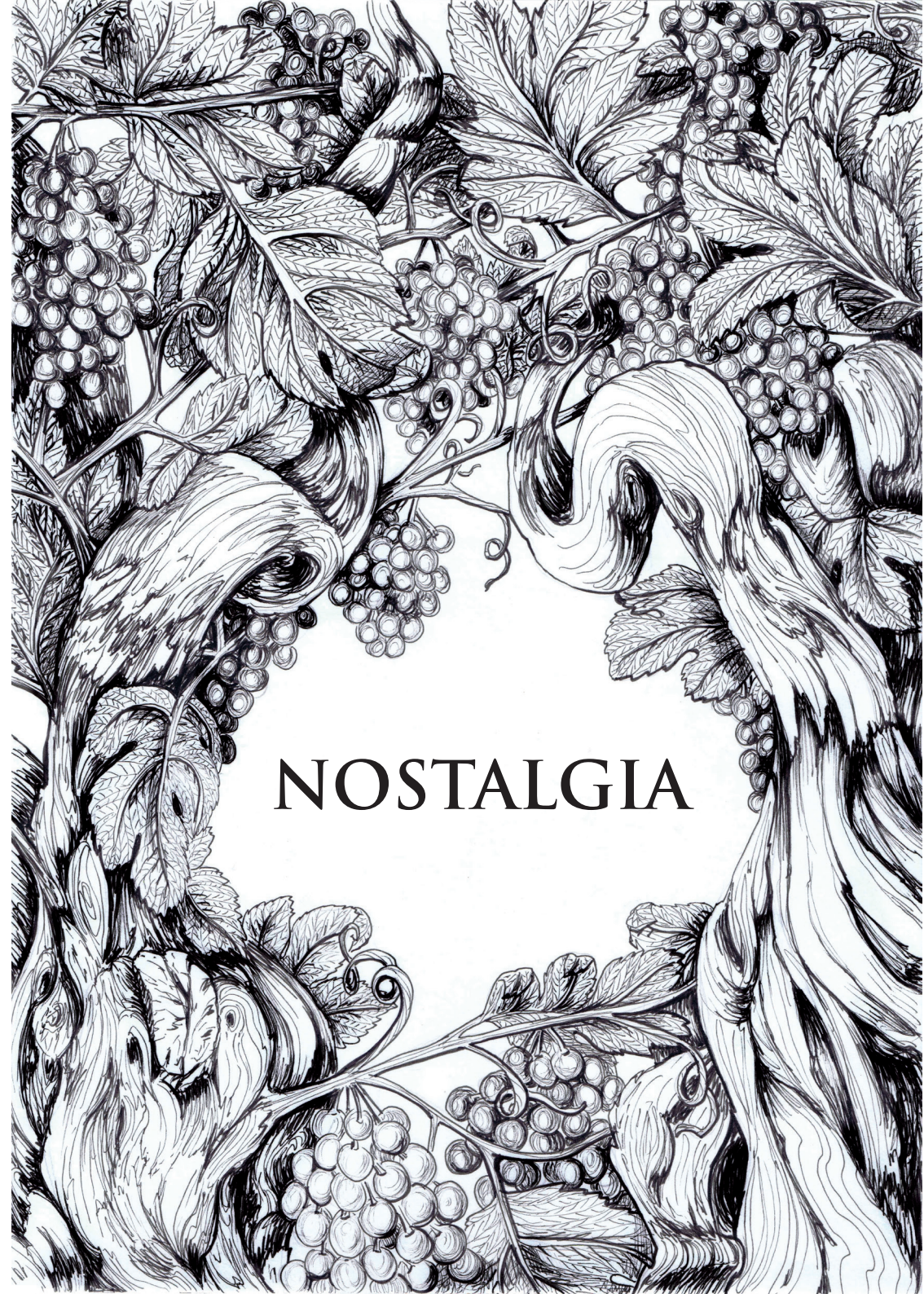
Cuando queda en torno a una hora para que todo ocurra de nuevo, me gusta salir a la puerta a echar un cigarro y observar el aire de calle Alcazabilla. Por allá unos niños corren apremiados por sus padres, que los traen con retraso a la casa hermandad; por acá dos novios se separan justo antes de que ella, ajustándose la túnica, le dé el emocionado beso de una despedida efímera, pues todo habrá acabado a media madrugada, cuando los timbales roncros rompan el silencio de la noche por Císter; justo al lado del puesto de chucherías que hay, cada Viernes Santo, junto al Teatro Romano, veo a varios compañeros del trono que apuran sus conversaciones intrascendentes y

fuman nerviosos, mientras las respectivas medallas se bambolean al ritmo de sus profundas caladas. Saludo a los de protocolo, tal vez sin ellos no se pudiera hacer nada, y miro al cielo con cautela pidiendo que no llueva, que ya han sido demasiados Viernes Santos los que nos hemos quedado sin poder salir. Tras de mí escucho cómo alguien me llama, me vuelvo pero no logro ponerle cara a quien requiere mi atención. Ahora sí lo he visto. ¿Qué pasa, artista?, me dice Juan Antonio mientras ordena con pulcra eficacia una cola de visitantes que enfila la puerta de la casa hermandad para seguir desde el interior el inicio del desfile. Bien, aquí vamos. ¿Y tú qué tal?, contesto. Bueno, pues como siempre, que ni he podido comer en casa, y ahora aquí vigilando que todo salga como debe. Al tiempo que nuestra charla se concreta en una tarde tímidamente fría de primavera, alguien pregunta dónde están los bastones. Y yo qué sé, contesta Juan Antonio. Detrás, Juan Carlos, subjefe de procesión y con el pinganillo en la oreja, sonrío nerviosamente y al instante deja paso a una cara de circunstancia mientras mira al cielo y ve que algunas nubes preñadas de lluvia sobrevuelan la Alcazaba. Termino el cigarrillo, me despido de Juan Antonio y de Juan Carlos con un rápido cruce de miradas y entro otra vez en la casa hermandad, en cuya puerta el hermano mayor sigue poniendo orden en el caos. Ahora sí toca ponerse bajo el varal. Llevo tres años en la cola, pero poco me importa. No me hace falta ir en los varales exteriores, ni siquiera en la parte delantera. El soliloquio que se inicia cuando se levanta el trono dura exactamente seis horas, en las que hablo con Él y conmigo mismo sin descanso, sin esconder nada, incluso a veces me enfado, aunque al final siempre acabamos bien avenidos. Alberto acaba de llegar y dice que tal vez ya

sería hora de que nos pongamos los guantes. Fuera, y a medida que se acerca la hora de salida, el silencio empieza a presidir la tarde. Las puertas están abiertas desde mucho antes del inicio de la procesión. Para qué cerrarlas. No hay nada que esconder. Las velas de la Virgen lucen ya encendidas y los hachones del cristo están a punto de hacerlo. Miro alrededor y mi cara refleja la tensión del momento. ¿Será mejor este año que el pasado? ¿Nos respetará la lluvia?, me pregunto. Antes de venir he mirado la web de meteorología, pero no he sacado nada en claro. Daban una probabilidad de agua del treinta por ciento hasta medianoche. Yo he visto cofradías que con un sesenta o un setenta por ciento se han lanzado a la calle, y otras que con un veinte por ciento se han quedado en casa. Nosotros, si hay una mínima probabilidad, no saldremos. Para qué. Luego caen dos gotas, se estropea el patrimonio y cualquiera aguanta las críticas de la prensa y de los sabelotodos, que en todas partes los hay. El mayordomo da varios toques de aviso en la campana del trono. Hay caras de preocupación porque han empezado a caer algunas gotas. Decido aislarme del mal rato de mis compañeros repasando la iconografía del trono. Los cuatro evangelistas a los lados, que parecieran vigilarnos aun hoy; las escenas del Nuevo Testamento del catafalco; las del Antiguo Testamento más abajo, retratándonos hace tanto, haciéndonos leer un mensaje que, aún hoy, continúa siendo el mismo, si es que algo hemos entendido. De repente, mi compañero Alberto me saca de mis pensamientos y dice que todo ha sido un susto, que por lo visto han llamado a Meteorología y que dan la tarde noche despejada hasta la madrugada. El viento se lleva las nubes cargadas de malos presagios mientras el silencio ahora es más hondo, más sordo que antes si cabe. El mayordomo de



trono susurra señores, que nos vamos, y todos nos situamos junto al varal. Silencio. Emoción contenida en algunos rostros. Una brisa fresca juguetea con mi pelo. Suena la campana. Solo se percibe el ruido de los zapatos acariciando el suelo. La madera cruje. Todo avanza, hoy igual que siempre. Se escucha la *Marcha fúnebre*. El Señor del Sepulcro se hace a la calle. Sí, parece que no va a llover hoy.



NOSTALGIA

En la montaña, las uvas esperan.

Con lentitud, trepan por la ladera quienes van a llenar los primeros capazos. Saben lo que les espera: muchas horas, poco descanso. Las pendientes pronunciadas impiden el paso de las máquinas, la vendimia en esa zona hay que hacerla a mano, casi siempre en posiciones forzadas.

—¿Por dónde empezamos? —casi susurra la nueva.

La que tiene más experiencia suspira sin ocultar su desagrado. No le gustan las emociones ni las novatas. Todavía menos hablar mientras trabaja. No dice nada: así espera que la otra se controle, que entienda la importancia de fijarse en el grano, en el equilibrio sutil entre la acidez y el azúcar, de sopesar los racimos sin pausa y con mimo. Para eso, no hacen falta las palabras.

La nueva no parece tonta del todo. No añade nada más mientras comienzan a vendimiar. Se fija con atención en los gestos y el procedimiento de la experta; los imita con torpeza primero, luego con seguridad y en poco tiempo los automatiza y los hace suyos. Pasan los minutos y se escucha solo el repiqueteo de las tijeras al cortar los racimos, la caída suave de las uvas en el capazo, el viento que refresca las frentes sudorosas. Llevan ya unas cuantas horas y aún quedan semanas. No son un mal equipo, casi seguro que cubren la cuota asignada e incluso es posible que la superen. La experta sonríe y decide premiar el silencio de su compañera. Se detiene, deja el capazo en el suelo y le ofrece agua.

—Vamos a descansar un poco —le dice, mientras la otra bebe con ganas.

Se sientan entre las vides y contemplan los sarmientos vacíos que han dejado a sus espaldas. La nueva no sabe si la dejarán participar en la poda de invierno, donde se seleccionan los sarmientos que tras el desborre serán el origen de los nuevos pámpanos, que a su vez se convertirán tras agostarse en sarmientos que, cargados de uvas, serán de nuevo vendimiados. Le fascina el ciclo de la planta, su sequedad aparente y el renacer perpetuo. La cosecha de este año no va a ser extraordinaria, más bien de calidad justa, pero eso no importa ahora. Se han preparado a conciencia para estos momentos, en los que el vino es aún una promesa de un futuro lejano. Solo existen ellas y la viña. Mira con curiosidad a la vendimiadora a la que ha sido asignada para enseñarse. Delgada y seria, parece haberse mimetizado con la viña. Un sarmiento que se mueve. No sabe si ella quiere ser así.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta la experta.

—Andrómeda. Me dicen Andri.

—Yo soy Sara.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Sara mira sus manos antes de responder. Siente orgullo de ellas, del paso del tiempo.

—Bastante. No es mal lugar. Tranquilo, y se cobra bien. Aquí solo estamos las mejores.

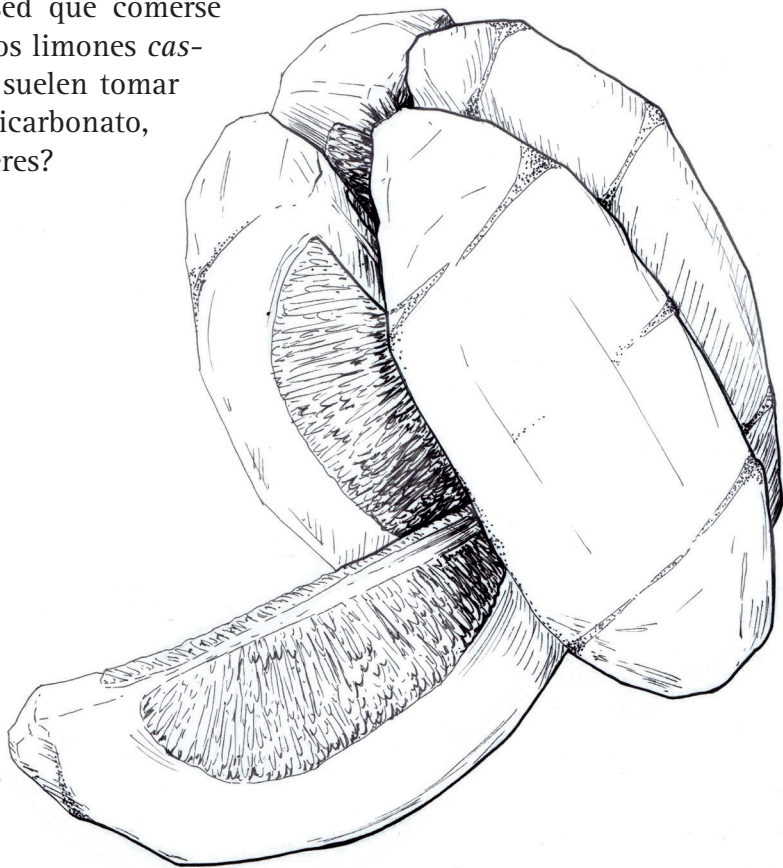


Andri sonríe con timidez y desconfianza a la vez: no sabe si lo que le ha dicho es excluyente o conciliador. Las palabras de Sara hay que sopesarlas para ver su grado de acidez y de azúcar y siempre hacerlo con cuidado. Se inventa un capazo imaginario y decide empezar a meter ahí las frases racimo de Sara: hasta que no tenga uno lleno, no se aventurará a etiquetarla.

—¿Sabes, Andri? Hoy para mí es un día muy especial —le dice mientras se lleva una mano a un bolsillo— y lo quiero compartir contigo.

Ante su sorpresa, Sara saca un limón de gran tamaño y lo pela como si fuera una ceremonia. Huele muy bien. La corteza cae y descubre el albedo, blanquísimo y esponjoso. Lo corta en dos mitades y la pulpa se ofrece tentadora. Sara sonríe y le pasa una mitad a Andri, mientras le dice:

—Es Domingo de Ramos en mi tierra, Málaga; comienza la Semana Santa. Son los primeros días de primavera y hace un poco de calor. Nada mejor para quitar la sed que comerse uno de estos limones *cas-carúos*. Se suelen tomar con sal o bicarbonato, ¿qué prefieres?



–Sal –responde Andri.

Atardece y, sentadas, las dos vendimiadoras contemplan cómo los tres soles del planeta se ocultan. Mientras se comen el limón, el cansancio desaparece.

–Andrómeda es un bonito nombre. Ahora os ponen nombres de estrellas.

–Eso parece –dice Andri con la boca llena.

–Así distinguen a las nuevas de las viejas. Para las personas, todavía no somos humanas.

–Eso es lo que creen.

Andri sonríe y, con un guiño, comienza a recargar su batería. No sabe cómo lo hace Sara, es un modelo anterior. Ya tendrá tiempo de preguntárselo.

La vendimia no ha hecho más que empezar.







*Este libro se terminó de imprimir en Málaga, en vísperas de
la Semana Santa de 2017.*

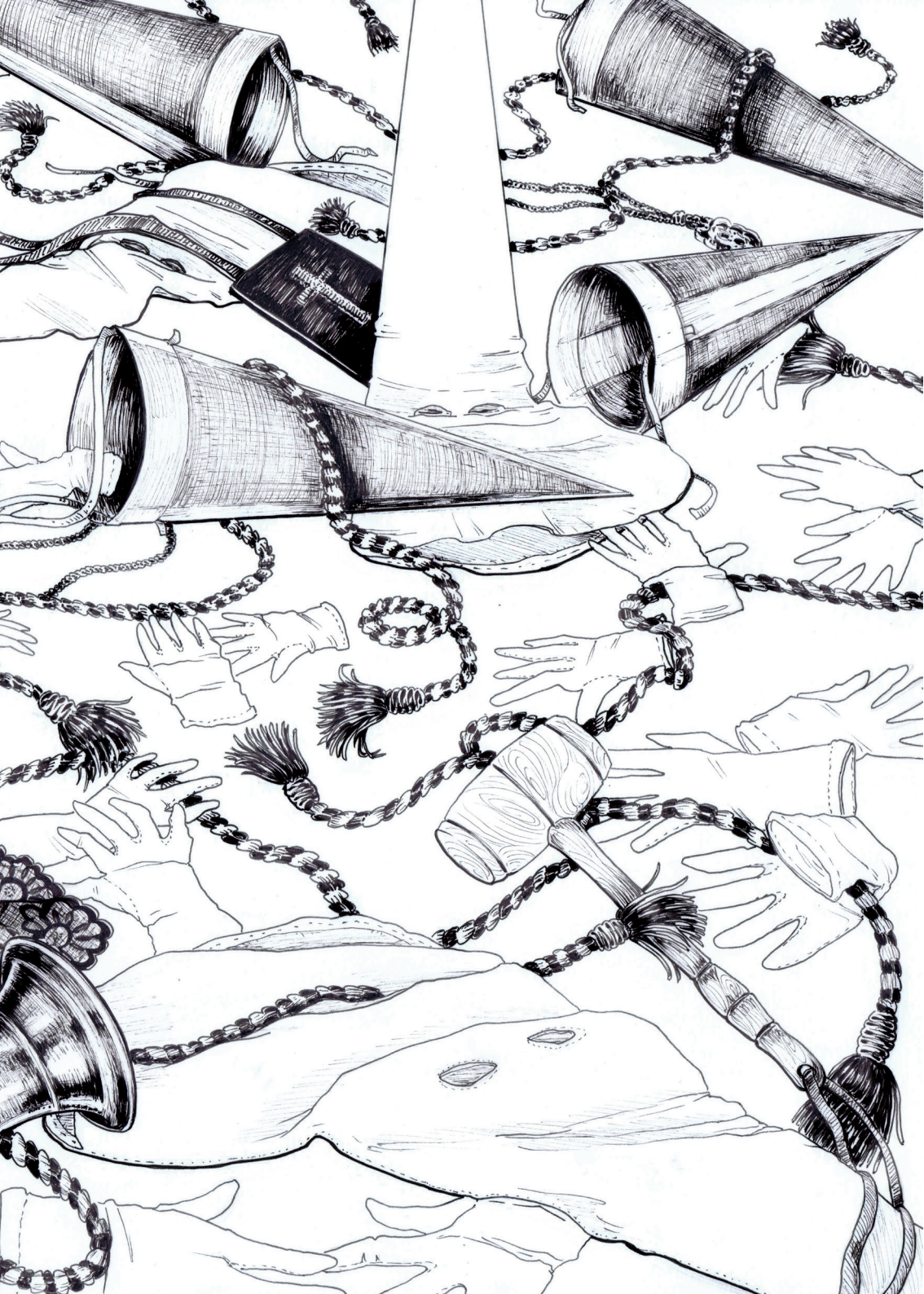
Publicado por Ediciones del Genal.

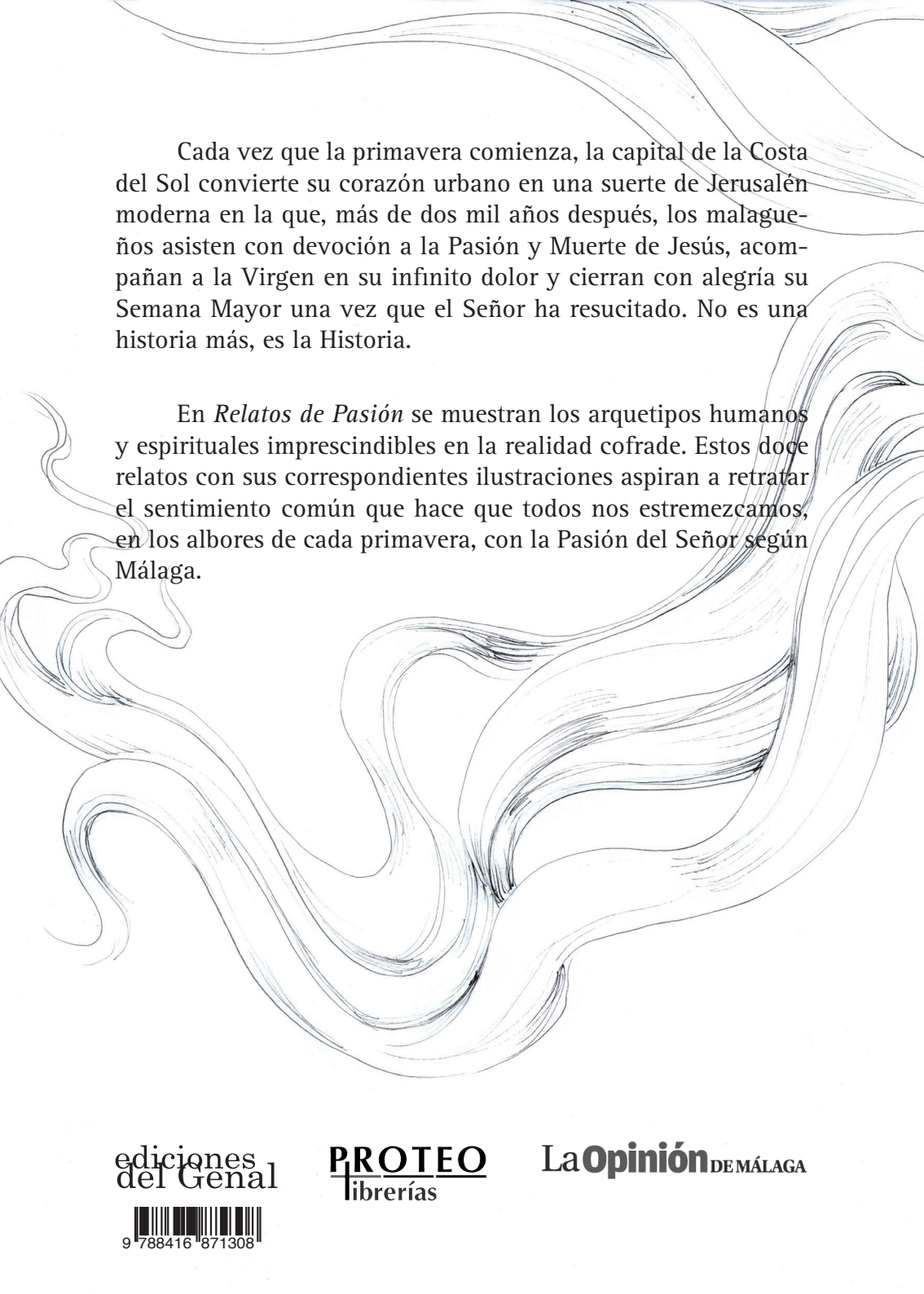
Al cuidado de esta edición

Librerías Proteo y Prometeo

MMXVII







Cada vez que la primavera comienza, la capital de la Costa del Sol convierte su corazón urbano en una suerte de Jerusalén moderna en la que, más de dos mil años después, los malagueños asisten con devoción a la Pasión y Muerte de Jesús, acompañan a la Virgen en su infinito dolor y cierran con alegría su Semana Mayor una vez que el Señor ha resucitado. No es una historia más, es la Historia.

En *Relatos de Pasión* se muestran los arquetipos humanos y espirituales imprescindibles en la realidad cofrade. Estos doce relatos con sus correspondientes ilustraciones aspiran a retratar el sentimiento común que hace que todos nos estremezcamos, en los albores de cada primavera, con la Pasión del Señor según Málaga.

ediciones
del Genal

PROTEO
librerías

La **Opinión** DE MÁLAGA



9 788416 871308